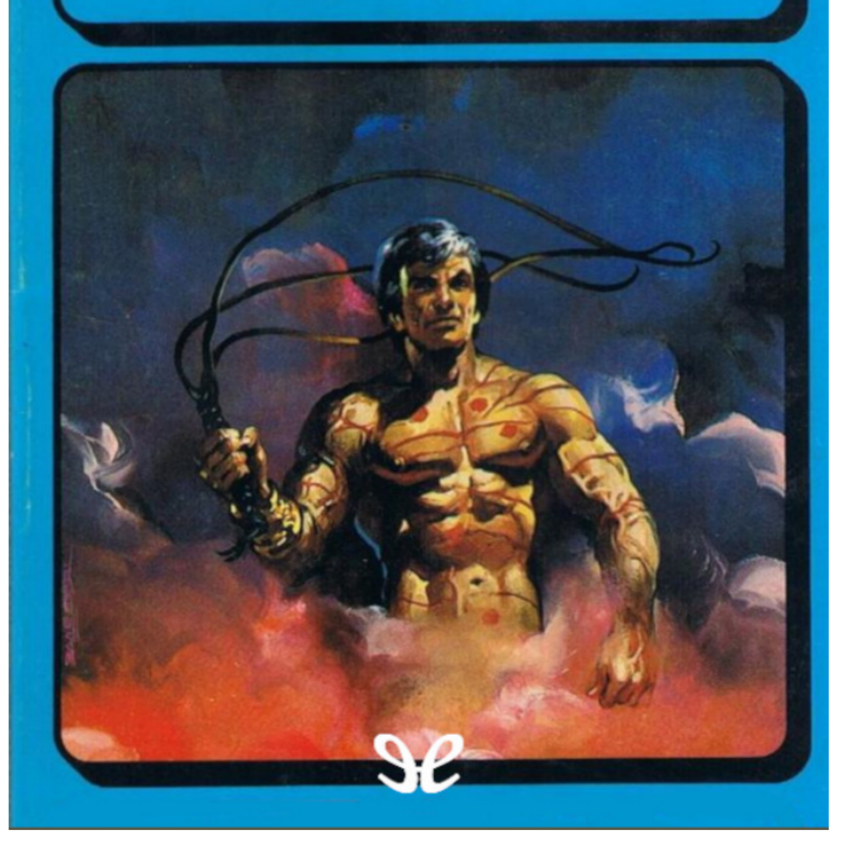
Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

A. Thorkent

La extraña aventura de Caronte



Lord Wunjaal, gobernador del sector Antariano, sabía sobradamente que su visitante, Jar Simytti, era un hombre influyente, poderoso y con grandes amistades en los más altos niveles dirigentes de la Superioridad, pero sabía también que todo tenía un límite. Mejor dicho, le habían especificado desde la Tierra hasta dónde podía llegar.

En el mensaje recibido una semana antes anunciándole la llegada de Simytti las instrucciones eran claras: como gobernador del sector debía proporcionar a su ilustre visitante toda la ayuda que estuviera en sus manos, pero hasta cierto límite. Por lo tanto no le sería posible ir más allá. Y, sin embargo, debería parecer que sus esfuerzos sobrepasaban en mucho la firme línea divisoria trazada por sus jefes.

A. Thorkent

La extraña aventura de Caronte

Bolsilibros: El Orden Estelar - 48

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 12

ePub r1.0

DaDa 22.12.2018

Título original: *La extraña aventura de Caronte*
A. Thorkent, 1985

Editor digital: DaDa
ePub base r2.0



1

Lord Wunjaal, gobernador del sector Antariano, sabía sobradamente que su visitante, Jar Simytti, era un hombre influyente, poderoso y con grandes amistades en los más altos niveles dirigentes de la Superioridad, pero sabía también que todo tenía un límite. Mejor dicho, le habían especificado desde la Tierra hasta dónde podía llegar.

En el mensaje recibido una semana antes anunciándole la llegada de Simytti las instrucciones eran claras: como gobernador del sector *debía* proporcionar a su ilustre visitante toda la ayuda que estuviera en sus manos, pero hasta *cierto límite*. Por lo tanto no le sería posible ir más allá. Y, sin embargo, debería parecer que sus esfuerzos sobrepasaban en mucho la firme línea divisoria trazada por sus jefes.

Claro que Simytti estaba muy lejos de sospechar que por esta vez sus amigos de la Superioridad habían levantado un muro que no podría salvar. Y de ello se encargaría él sutilmente, con amabilidad y persuasión.

Era un asunto difícil, reconoció.

Pero él era un diplomático hábil, ducho en problemas mucho más acuciantes que este que se le presentaba.

Sabría salir adelante, se dijo con una sonrisa repleta de seguridad.

Quien había aconsejado a Jar Simytti que se entrevistase con el gobernador del sector Antariano sabía lo que hacía.

Tras llegar allí, Simytti no tendría otra alternativa, muy a su pesar, que regresar y tratar de ahogar su tristeza.

A pesar de que Lord Wunjaal comprendía bastante la causa que había llevado a Simytti a viajar durante dos meses más de cuarenta años luz, simuló poseer una total ignorancia al respecto y durante

varios minutos estuvo escuchando atentamente a Jar, que un tanto nervioso habló y habló, repitiéndose a menudo, hasta creer que lo había dicho todo y entonces permaneció callado, aguardando las palabras del gobernador.

Wunjaal carraspeó, cruzó los dedos y se inclinó ligeramente sobre su lujosa mesa de escritorio, una auténtica obra de arte labrada en una sola pieza de mármol dorado.

—Ante todo, señor Simytti, debo manifestarle mi más profundo pesar —dijo con voz mesurada, casi susurrante—. La pérdida de un ser querido es lamentable y admiro su tesón, todos estos años de investigación, pero me temo…

Calló y rehuyó intencionadamente la mirada de Simytti que empezaba a ser de alarma.

—¿Que teme, gobernador? —preguntó Jar.

—Usted ha gastado una cantidad de dinero ingente.

—Eso no tiene importancia.

—Seguro. Todo es poco teniendo en cuenta su deseo por recuperar a quien perdió.

—No se perdió definitivamente.

—Escuche, señor Simytti. Sé que mi sector es el más próximo que pertenece a la Superioridad respecto a Yunda, pero no olvide que Onver también está a poca distancia, y Onver es el reino protector, reconocido galácticamente, de Yunda.

—Me habían hablado algo acerca de esto, pero para mí la cuestión política tiene poca importancia. Yo necesito ir a Yunda.

—Ningún humano ha estado allí, los onveritas no lo consienten.

—Los onveritas no son humanos, y los yundaitas son monstruos.

—No exagere —Wunjaal trató de sonreír.

Jar preguntó:

—¿Ha visto alguna vez a un yundaita?

—Sólo por holografías, las pocas que nos llegan a través de Onver.

—También recibe por medio de Onver mercaderías de Yunda, según tengo entendido.

—Oh, algunas chucherías si descontamos las gemas talladas.

Tras decir esto, el gobernador entornó los ojos y escrutó la reacción de Jar. Por un momento temió que su visitante supiera más de la cuenta, que las investigaciones que había estado

realizando durante tanto tiempo le hubieran proporcionado más datos extras.

Pero Simytti no se alteró más de lo que estaba desde que entró en el despacho, y esto lo interpretó el gobernador como una buena señal. Más animado, dijo:

—Es cierto que una de las salidas posibles que pudo tener la nave donde viajaba su hija fuera cerca de Yunda, pero es sólo una hipótesis, una teoría sin ninguna base. Ese montón de detectives que han trabajado para usted, ayudado por un grupo de científicos, se ha precipitado a la hora de redactar su informe definitivo.

—Pero la Superioridad posee una embajada en Onver, ¿no?

—Muy cierto. Mantenemos relaciones bastante cordiales con esos seres difíciles de tratar. Yo procuro que no existan contenciosos.

—Pida a su embajador en Onver que me consiga un pasaje para Yunda. Estoy dispuesto a depositar el aval que sea, la cantidad que se me exija. No quiero causar problemas, sólo culminar mis investigaciones.

El gobernador agitó la cabeza.

—Intentaré hacerle comprender, señor Simytti. Yunda es un protectorado de Onver. Sus habitantes jamás han salido de su mundo, carecen de naves, incluso interplanetarias. El comercio estelar lo mantienen los onverianos. Afortunadamente el reino de Onver no posee una tecnología muy desarrollada y sus impulsores son copias burdas que lograron construir hace muchos años. Militarmente no representa ningún peligro, pero no queremos problemas con ellos —suspiró—. Bastante tiene ya la Superioridad en otros sectores. Vivimos tiempos difíciles, señor.

Jar se pasó la mano por las arrugas de su frente. La retiró húmeda. El sudor le resbalaba copiosamente.

—No me queda otro camino después de éste, señor —dijo con voz tensa—. Es mi última esperanza.

—Nada me gustaría más que poder complacerle —dijo Wunjaal con tristeza—. Usted es un ciudadano digno de la superioridad, merece toda nuestra consideración; pero me temo que la solución a su problema no está en mis manos.

—¿Y si hubiera algún indicio de que esa nave se perdió en el espacio de Onver o de su protegido Yunda?

—Indicios no serían suficientes. Pruebas, señor. Necesito pruebas para plantear una demanda oficial a Onver. Sólo de esta forma podría hacer algo. Si se encontrase algún resto del naufragio… No sé, el testimonio de algún testigo ocular.

Jar crispó los puños. Habló de manera que parecía costarle un gran esfuerzo pronunciar las palabras:

—Planteé mi situación en la Tierra a todos los niveles, rogué, supliqué, amenacé y compré. Sí, no me mire así, gobernador. Llegué al chantaje. Lo hice todo por mi hija. Es lo único que tengo, mía únicamente. Toda mi fortuna no vale nada si a cambio la recuperase. La daría con gusto por ella. Jamás desmayé, pero ahora estoy cansado porque después de este intento no me quedará ninguno. Quiero que me entienda. Mis amigos de la Tierra me dieron consejos, muchos consejos. Algunos políticos me debían favores y no pudieron negarse a escuchar mis solicitudes, pero se limitaron a apoyarme moralmente; nada de acciones palpables y eficaces. Yo le pregunto, señor gobernador: ¿qué pasa con Yunda?

—Perdone, pero no le entiendo…

—Creeré que no me entiende. Le diré que varios hombres que trabajaron para mí murieron de forma misteriosa, los más osados. Tenía los mejores a mis órdenes y les pagaba espléndidamente. Gracias a todo esto obtuve montones de informes. Cada pista que se descubría nos conducía a otras, y acabamos con miles de ellas. La mayor parte señalaban a Yunda. Yo adquirí una parte de la acciones de la compañía propietaria de la nave en que viajaba mi hija, y lo hice por el único motivo de inspeccionar sus archivos secretos. Lo conseguí antes de que un misterioso incendio los destruyera. En el siniestro murió un hombre. Sin embargo consiguió trasmitirme, antes de perecer abrasado, datos deslabazados que unidos a los que yo ya poseía anteriormente, formaron un cuadro muy interesante.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—Por supuesto, a Yunda. Allí me llevan las pistas.

—Sin pruebas, claro.

—Me bastan las conjeturas.

—A usted sí, pero no a la diplomacia de la Superioridad.

—Señor gobernador, usted no puede desconocer el escándalo que provocaron hace años los testimonios de un explorador que afirmó haber estado en Yunda. Contó cosas horrorosas.

Lord Wunjaal ya estaba preparado para hacer frente a tal sugerencia y no se inmutó lo más mínimo. Asintió levemente y dijo con calma:

—Ese explorador era un cínico embustero que quiso vender una historia estúpida. Al poco tiempo la gente dejó de prestarle atención y se comprobó que era mentira cuanto dijo.

—¿Con qué pruebas, señor?

Wunjaal enarcó las cejas.

—Onver, en nombre de Yunda, salió al paso de los infundios y los rebatió. Esa monstruosidad que se pensó que ocurría en Yunda era una alteración de la realidad. Hubo una manipulación en las grabaciones. Se trataba de primates oriundos sin la menor inteligencia.

—Pero no se hizo una investigación en el propio Yunda. ¿Por qué?

—A la Superioridad le bastó el comunicado de Onver negándolo todo.

—¿Así de sencillo?

—¿Qué podíamos hacer? Por aquel entonces nos agobiaba una guerra cercana contra un enemigo mortal para la raza humana, acabábamos de salir de la guerra contra Mit, y había otras menores. No, no era un buen momento para iniciar una enemistad con Onver.

—¿Por qué no se indaga ahora?

—Eso debería decidirlo la Tierra, no yo. Onver protege celosamente a su protegido Yunda. El escándalo, como usted lo llama, murió por sí mismo y hoy en día nadie se acuerda de esa tontería —se encogió de hombros—. Claro que se plantearía una investigación a fondo si resurgiera de nuevo.

—Mi hija puede estar allí, señor.

—Usted lo ha dicho. *Puede estar*. Es una posibilidad entre mil. Por los dioses, señor Simytti, ¿qué puedo hacer yo?

—Ahora sé que no hará hada —dijo Jar. Se levantó y quedóse mirando fijamente al gobernador.

—Me gustaría que nos volviéramos a ver. ¿Qué le parece una cena esta noche?

Jar negó con la cabeza.

—Se lo agradezco. Estoy muy cansado y dormiré muchas horas.

—¿Mañana? —Wunjaal se levantó también. Interiormente se

alegraba muchísimo de que la entrevista hubiera concluido.

—Tal vez.

—Dígame en qué hotel se hospeda y le enviaré un mensaje.

—Acabo de llegar y tengo mi equipaje en consigna. Tengo que buscar un hotel.

—Permítame que le ofrezca, en este caso, mi residencia.

—Muy amable por su parte, pero no puedo aceptar.

El gobernador se encogió ligeramente de hombros. Le hubiera gustado tener cerca a Simytti, a pesar de que esto le ocasionara quebraderos de cabeza. Jar le tendría siempre a mano para intentar ganarle para su causa, con dinero, halagos e, incluso, amenazas. Ya le había confesado qué medios había usado en la Tierra para acabar grabando en su testaruda cabeza que su hija seguía viva.

—Le diré dónde me alojo —prometió Jar.

—Por favor, no lo olvide. Por cierto, ¿cuánto tiempo piensa quedarse en la ciudad?

Cerca de la puerta, Jar se volvió y observó durante unos segundos al gobernador. Un rictus de ironía se formó en sus labios antes de responder:

—Menos tiempo del que esperaba, dadas las circunstancias. Me temo que me veré obligado a regresar a la Tierra antes de lo previsto.

—De todas formas ordenaré a mis hombres que hagan ciertas investigaciones.

—¿Cree que ellos serían capaces de encontrar algo?

—Todo es posible, pero también cabe que consigamos saber con certeza que la nave no emergió más allá del sector Antariano y rondó cerca de Onver o de Yunda.

—Podría pensar que es lo que usted desea, señor, para que regrese a la Tierra.

—No es justo conmigo —dijo Wunjaal, aparentemente dolido.

—Discúlpeme. No quería decir eso. Estoy agotado.

—Lo comprendo —sonrió Wunjaal diplomáticamente. Tendió la mano a Jar.

Simitty la miró y pareció dudar si estrecharla. Acabó haciéndolo, pero el gobernador la notó fría y húmeda:

Fue un apretón de manos obligado.

Sin fuerza.

Wunjaal se quedó un instante bajo el dintel, mirando a Jar alejarse por el amplio corredor. Un empleado acudió a su encuentro y le acompañó hasta la salida.

Al quedarse solo, el gobernador lanzó un suspiro y pensó que el asunto estaba solventado. Si Jar no quería cenar una noche en su compañía, mejor. Ojalá se marchase pronto y le dejase en paz.

Regresó a su mesa y pensó que enviaría a la Tierra un informe, tan pronto como recibiese la noticia de que Jar había abandonado el planeta.

Pero Lord Wunjaal no podía saber que, tres días después, Jar Simytti no emprendía regreso a la Tierra. En su nave privada marcó un extraño rumbo a su comandante.

Un hombre apenado como él, pensaría cualquiera, no podía desear ir a Paralda.

2

Aunque viajar hasta Paralda suponía alejarse de Yunda y Onver dos años luz, Jar Simytti no lo dudó en absoluto. Su nave *Prometeo*, una maravilla salida de los astilleros espaciales de su propiedad enclavados en Vega-Lira, necesitó únicamente diez días en llegar a su destino.

Jar intuyó que el comandante del *Prometeo*, deduciéndolo por la manera que le miraba de reojo, debía pensar que el viejo ya estaba cansado de buscar inútilmente y quería regalarse un descanso en el planeta del placer, gozar de la tranquilidad de sus islas y su clima benigno.

En Paralda uno podía conseguir cualquier cosa. Sólo era necesario tener dinero, una fortuna para gastarla. El comandante Horner intentó adivinar si su jefe iba a solicitar chicas o chicos. La verdad era que jamás había sabido cuales eran sus preferencias sexuales. Aunque podía ocurrir que quisiera probar fortuna en los casinos, o inclinarse por la caza mayor, llena de peligros, que abundaba en el archipiélago situado cerca del polo norte.

Antes de descender en Paralda fue necesario establecer comunicación con la administración del planeta. Jar se identificó y avaló su estancia en el planeta con una cantidad que a punto estuvo de arrancar un silbido de admiración a Horner.

—He alquilado una isla —explicó Jar al comandante—. Le darán las instrucciones para que descienda en el astropuerto más cercano a ella. Una lancha me trasladará a mi nueva residencia.

—¿Qué debemos hacer nosotros, mientras tanto, señor?

—Esperar, por supuesto —contestó Jar desabridamente.

—¿Irá solo? —Horner sospechaba una respuesta negativa.

Simytti dudó un instante.

—No lo sé. Diga al señor Pujaindi que venga a verme.

Horner asintió. Era lo que presentía. Aquel tipo llamado Pujaindi era alguien más que un servidor corriente al servicio de su jefe. En la capital del sector Antariano no bajó de la nave durante los tres días que ésta permaneció esperando.

A veces el llamado Pujaindi —Horner creía que ése no era su verdadero nombre— acudía al aviso de Jar y ambos se encerraban en el camarote del último y conversaban durante hora. Pujaindi llevaba siempre una carpeta bajo el brazo de la que nunca se separaba. Debía contener algo muy importante, documentos que el jefe necesitaba revisar.

Horner avisó al extraño personaje y le comunicó el deseo del señor Simytti de verle. Pujaindi era un individuo taciturno, pequeño y delgado. Lucía una vieja cicatriz en la mejilla derecha, el resto de una herida de láser. Renqueaba al andar de forma que parecía indicar que su pierna derecha era artificial, una mala prótesis.

Cuando Pujaindi entró en el camarote de Jar, éste cerró la puerta y dijo al hombre:

—He decidido hacerle caso —se sentó pesadamente en una silla y meneó la cabeza.

—De todas maneras hemos tardado demasiado, señor.

—¿Qué quiere decir?

—Cabe dentro de lo posible que nuestro hombre se haya marchado de Paralda. Los informes que recibí de que se encontraba en este planeta eran atrasados, y eso ocurrió hace dos meses —Pujaindi esbozó una sonrisa—. Poca gente puede permitirse el lujo de permanecer tanto tiempo en Paralda.

—Pero usted me aseguró que nuestro hombre es un fuera de serie.

—Eso es seguro.

—Y también me dijo que es el único que puede ayudarme.

—Si él quiere, sí. Lo que no puedo garantizarle es que acceda a ello.

—La isla que he alquilado a cambio de una suma increíble está apenas a unas diez millas de la que ocupa ese hombre. Era la más próxima —Jar asintió con un gesto de cabeza—. Le convenceré. ¿No me dijo usted que ganó en una ocasión mucho dinero?

—Sí. Le gusta la buena vida, los placeres caros. Y tengo entendido que tiene motivos de sobra para querer desquitarse de las

penalidades que pasó hace años. Desea vivir intensamente.

—Si continúa en esa isla no le quedará mucho dinero. Yo le revitalizaré su menguado capital. Creo que aterrizaremos dentro de una hora, y otra más tarde estaré en mi isla. ¿Cree que querrá recibirme?

—Solicíteselo, señor. La curiosidad es uno de sus puntos débiles. Querrá saber para qué quiere verle usted, uno de los hombres más poderosos y ricos de la Superioridad. Claro que tomará sus precauciones. En Paralda vive bajo el nombre falso de Tomás Talón.

—¿Su cabeza tiene puesto precio?

—Oficialmente, no. Pero mucha gente querría apresarle.

Jar alzó una ceja. Miró fijamente al único investigador privado que quedaba del equipo que reunió hacía años. Quizá era el más hábil. Al menos había logrado sobrevivir a sus compañeros. Todos los demás fueron muriendo o desertando tras convencerse de que se enfrentaban a fuerzas muy poderosas, mucho más que las de Jar Simytti.

—¿Por qué no vendió usted a esas personas la noticia? —preguntó.

Pujaindi carraspeó.

—Se trataba de algo que había obtenido trabajando para usted, señor.

—Su sentido de la ética profesional me conmueve.

—Usted ha sido generoso conmigo, señor. Comprendí que el llamado Tomás Talón sería lo único que podría servirle después de ver al gobernador Wunjaal.

—Me advertiste que ese lord no haría nada, y acertaste. Ojalá no te equivoques respecto a…

—Llámelo siempre Tomás Talón, a menos que él le permita usar su propio nombre. Es un consejo, señor.

—Lo que me has contado de él es tan increíble que una vez estuve a punto de despedirte porque pensé que eras un loco.

—Pero no lo hizo, obviamente.

—Y me alegro. Guando volvamos a la Tierra, sea cual sea el resultado de mi entrevista con Talón, sabré recompensarte.

—Señor…

—Dime.

—Es el momento de presentarle mi dimisión.

Jar le miró sorprendido.

—Me has cogido con la guardia baja.

—Mi misión ha terminado. No puedo hacer más por usted.

—Puedes trabajar para mí, en lo que quieras, hasta que te mueras de viejo. Tendrías un espléndido sueldo y…

—Mi vida vale más, señor.

—¿Qué dices?

—He visto morir a varios colegas que le servían. Otros, más inteligentes y más cobardes, le dejaron. Yo he resistido hasta el fin. Si no le importa, adquiriré un pasaje en la primera nave que salga de Paralda.

—No puedo retenerte a mi lado, viejo amigo —dijo Jar, emocionado. Se levantó y le tendió la mano.

Ante su sorpresa, Pujaindi negó con la cabeza y simuló no ver el gesto de Jar.

—Quiero advertirle que puede ocurrir que en un futuro próximo yo trabaje para otro que sea enemigo suyo, señor. Trataría de evitarlo, pero uno nunca sabe. De todas formas le aseguro que durante los próximos siete días usted tendrá la seguridad de que no diré nada a nadie respecto a Tomás Talón.

—Explícate.

—Es fácil. Talón le dirá a usted antes de dos o tres días si acepta o no su propuesta. Antes de una semana usted dejará Paralda. Sería lo mejor para su seguridad, porque yo diré a alquilen quién es Talón y este planeta podría dejar de ser lo que es, y se convertiría, al menos alguna de sus islas, en un lugar poco agradable.

Jar soltó una risa amarga.

—Tu código es extraño, pero muy práctico. No puedo decir que eres deshonesto, pero sacarás un buen pellizco denunciando el escondite de Talón, en el supuesto de que no se haya marchado.

—La gente a quien pasaré el informe me pagará olvidándose de mí, señor.

—Cada vez lo entiendo menos…

—Me tienen en su lista porque yo he sido quien más le ha ayudado a usted, señor. A cambio de decirles dónde está Talón me dejarán en paz, se olvidarán de los problemas que les he causado.

—Pero, ¿a quiénes? Por los dioses, Pujaindi, tú sabes algo que no deseas decirme, y debo recordarte que todavía estás bajo mis

órdenes.

—Esa gente no tiene rostros definidos, señor. Además, ahora no puede acusarme de haberle ocultado nada. Hace tiempo le dije, y usted no quiso creerme, que al buscar a su hija se estaba enfrentando a gente poderosa. Sus amigos de siempre se han ido alejando de su proximidad. Una pequeña élite llegó a asustarse. Ignoro por qué, pero lo sé.

—Me gustaría creerte.

—Créame. Le tengo simpatía, señor. Si Talón no quiere recibirle o no acepta su propuesta, márchese de Paralda, regrese a la Tierra y dé a entender que lo ha abandonado todo y se ha resignado definitivamente. Al menos llegará a morir de viejo si puede convencerles de que no proseguirá investigando.

—¿Quiénes son?

—Ojalá lo supiera. Una parte de ellos son consejeros de la Superioridad, y dos o tres dicen ser amigos suyos.

Jar enderezó sus cansados hombros.

—Está bien. Me has servido honradamente estos años y te mereces mi crédito. Diré a Horner que te compre un pasaje. En la Tierra te pagarán el resto de tus honorarios, y añadiré una prima.

—Gracias, señor.

Pujaindi saludó con un gesto de cabeza y se marchó muy serio.

Una hora más tarde, cuando el *Prometeo* hubo descendido y el comandante se había ocupado de solventar el papeleó, Jar exigió a gritos un barco.

Horner lo encontró demasiado excitado. ¿Qué buscaba su jefe en la próxima isla? Esta pregunta se la formuló cuando supo que no pensaba dirigirse a la que había alquilado a cambio de una cantidad astronómica.

Empezó a dudar que el viejo zorro pensara divertirse en Paralda.

3

Salió del agua con la destreza de una sirena y anduvo por la alfombra que rodeaba la piscina como una gacela. Su cuerpo desnudo y mojado brillaba bajo el cálido sol y fue dejando un rastro húmedo. Llegó hasta el hombre que permanecía sentado, bajo la sombrilla, al parecer muy ocupado vigilando la pantalla que ocupaba una buena parte de la pequeña consola.

—Alguien llega —dijo él. Unas lentes oscuras ocultaban sus ojos —. Viene solo a bordo de una lancha alquilada; distingo la marca de la compañía propietaria.

—¿Se trata de un vecino? —preguntó Yarmina. Tomó una toalla y empezó a secarse.

—Lo dudo. La isla más próxima, me enteré, estaba desalquilada —sonrió—. Además, la gente que frecuenta esa parte de Paralda no quiere relaciones con extraños. Cada cual tiene sus amistades, y cuando desea ver una multitud se desplaza a los centros de diversión.

Ella se inclinó para mirar la pantalla.

—Es un hombre mayor. Tal vez sea un empleado de la Compañía.

—Estamos al corriente del alquiler hasta dentro de dos días —el hombre la miró—. Esto me recuerda que aún no hemos decidido si nos quedamos más tiempo.

—Señor Talón, por el tono de tu voz intuyo que me insinúas que empiezas a cansarte de tanta paz y serenidad como disfrutamos. ¿Me equivoco?

Se echó a reír y dejó que un robot terminase de secarle la espalda. Miró el jardín, los árboles que lo rodeaban y su gesto se hizo nostálgico.

—Han sido unos meses estupendos, cariño, lo sé; pero me gustaría saber lo que piensas.

—Me quedaría aquí toda la vida —dijo Yarmina. Se sentó en la otra silla y aceptó un refresco que otro robot le sirvió—. Pero la cuestión es si podemos permitirnos el lujo de continuar. Tú eres muy reservado con tus finanzas.

—No te preocupes por el dinero. Nos queda bastante del que obtuvimos con el asunto de Dharoll de Vahil.

—Volvió a prestar atención a la pantalla. La lancha estaba my cerca del embarcadero. Sabía que sólo tenía que ordenar a sus guardias mecánicos que echasen de su propiedad al inoportuno visitante, y si se ponía muy pesado llamaría a la Compañía para que protegiese su intimidad, por la que pagaba tan caro.

—De hecho ya es extraño que haya llegado hasta aquí. ¿Qué buscará?

Yarmina sufrió un estremecimiento, visible para el hombre que se había vuelto para mirarla. La sonrió y trató de calmarla.

—No te inquietes. Si vinieran por mí llegarían docenas, no casi un anciano como ése.

—Despídele.

—De ninguna manera. Iré a su encuentro.

Ella dejó la copa. Sabía que no podría hacerle cambiar de opinión. Se quedó sentada junto al borde de la piscina, le vio caminar altivo por el sendero, hasta llegar donde estaban los pequeños vehículos. Tomó uno y lo condujo hacia el exterior de la finca.

Yarmina entornó los ojos. Cuando los abrió se preguntó si después de aquella visita permanecerían más tiempo en aquel paraíso llamado Paralda.

Simytti saltó al muelle. Un par de robots habían amarrado firmemente su lancha. Pensó que la actitud de los autómatas podía ser una buena señal. El señor Talón ya debía conocer su llegada y, por el momento, no le expulsaba a patadas. Tenía medios para hacerlo sin perder una gota de sudor. Le bastaba con ordenarlo a sus guardianes mecánicos.

Anduvo por el espigón y alcanzó tierra firme. Delante de él había una carretera estrecha, flanqueada de árboles, que doblaba a la derecha unos cien metros más adelante.

Percibió el leve sonido de un motor y se detuvo. Al cabo de unos segundos vio aparecer por el recodo un vehículo conducido por un hombre corpulento, desnudo y muy bronceado.

Jar no podía intentar adivinar si era el inquilino de la isla. Lo que conocía de Talón le aconsejaba no perder el tiempo. Ignoraba con cuantas personas compartía aquel lugar. Era una detalle que Pujaindi desconocía.

—¿Qué se le ha perdido aquí? —preguntó el hombre después de detener el vehículo y saltar de él.

—Tengo entendido que esta isla está alquilada por el señor Talón.

—Yo soy Tomás Talón.

—Mi nombre es Jar Simytti, de la Tierra.

Si Jar calculó que Talón diera la más mínima muestra de conocer al menos su nombre, se equivocó. Aquel hombre, con las manos apoyadas en la cintura, permaneció inmutable tras su presentación.

—¿Qué vende?

—Compro, señor Talón. He recorrido una gran distancia para comprar sus servicios.

—Al menos es un hombre que va directamente al asunto, sin rodeos. Tal vez sepa más de lo que pienso.

—¿Dónde podemos hablar?

—Aquí —replicó Talón. Se agachó y se acomodó, cruzando las piernas, sobre la cuidada hierba—. Si desea beber algo, pídalo. Tengo montones de chismes mecánicos que acuden rápidamente a mis más mínimos deseos.

—No, gracias —Jar se sentó frente a Talón—. ¿Es su verdadera cara lo que veo?

Talón ladeó la cabeza. Fue su único y casi imperceptible gesto de sorpresa.

—Antes se presentó de una manera que parecía obligado que yo hubiera oído su nombre antes.

—Así es. Soy muy conocido en la Tierra, en muchos mundos de la Superioridad y en bastantes que no pertenecen a ella.

Talón soltó una carcajada.

—Está rabiando por pronunciar mi nombre. Quiere demostrarme que conoce el terreno que pisa.

—Diana, amigo —sonrió Jar—. Me habían dicho que usted era muy inteligente…, Caronte. Es verdad, tenía razón. Ahora estoy más tranquilo. Por un momento temí haberme equivocado de hombre.

—Admito que soy Caronte. Ahora usted debe darme buenas razones para que más tarde pueda salir con vida de mi isla.

—Su seguridad en estos momentos es absoluta. Yo sería la última persona que iría por ahí diciendo que está en Paralda. Por cierto, ¿el aspecto que tiene ahora es el auténtico?

—Sí, soy así de hermoso. A mi chica le gusta como soy.

—Fascinante. Me refiero a su cualidad de cambiar de físico. Cuando Pujaindi me habló de usted no le creí.

—¿Quién es Pujaindi?

—El hombre que sabía hace dos meses que usted vivía en Paralda. Como ve somos muy reservados. Ha habido tiempo de sobra para que sus enemigos, Caronte, hubieran venido hasta aquí si nosotros hubiésemos hablado.

—Eso sería ilógico si usted quisiera ahora… ¿Cómo dijo? ¿Comprar mis servicios? Oh, esa palabra fue desafortunada.

—Comprendo que usted quiera reírse de mí. Un hombre que puede tener una isla para él solo en Paralda debe disponer de dinero. Pero el dinero se acaba, y si sus medios financieros son ilimitados, sólo me queda la posibilidad de proponerle una aventura digna de esa pequeña fama suya que una minoría conoce.

—El dinero nunca está de más. De él hablaremos después. Primero dígame qué quiere de mí.

—¿Conoce el planeta Yunda?

Caronte lo negó con un gesto.

—Yunda es un maldito mundo más allá de la línea del sector Antariano. Se trata de un protectorado del reino de Onver. Los yundaitas son unos humanoides pequeños y peludos, de un aspecto a caballo entre un simio terrestre y un lobezno, si conoce la fauna terrestre. Poco más se sabe de ellos. Sin embargo, los onverianos son grandes, fuertes y repulsivos, de inteligencia media y desconfiados.

—Ésa es una amistad difícil de admitir. Lógicamente los poderosos onveritas podrían ser los amos de Yunda.

—Onver tiene una atmósfera difícil para los humanos. En cambio, la de Yunda es respirable para nosotros. Los onverianos

tienen que llevar mascarillas cuando visitan su protectorado. No les interesa conquistarlo, entre otras muchas razones.

—¿Alguna de esas otras razones debería conocerla yo?

—Sí, creo que sí. Están las gemas talladas de Yunda.

Caronte entrecerró los ojos.

—Regalé algunas a Yarmina una vez. Son muy caras, pero muy hermosas.

—Lo son. En realidad las gemas se producen como las perlas en la Tierra. Apenas son extraídas de su concha deben ser talladas por manos expertas. En su forma natural no valen nada. Es la talla lo que les da valor, un valor incalculable en ciertos mundos. Los únicos capaces de trabajarlas son los yundaitas, los cuales las venden a sus protectores de Onver y éstos, a su vez, las comercializan en la galaxia. Ésta es, para mí, la razón más poderosa que tiene Onver para no invadir Yunda. Les va muy bien la actual relación que mantienen.

Sin embargo, hace unos cien años, Onver estuvo a punto de destruir Yunda. Creo que el descubrimiento de las gemas que tallaban los yundaitas les contuvo, sobre todo tras saber que eran muy apreciadas en el exterior. De hecho, una gran parte de la economía de Onver se basa en el comercio de las gemas.

—Pero usted no quiere contratarme para que me haga pasar por un yundaita, viva con ellos y descubra el secreto de su talla, ¿verdad?

—Por supuesto que no. Hace unos años se divulgó por la galaxia que los yundaitas comparten su planeta con otra raza, tan semejante a la nuestra, que la sociedad terrestre llegó a escandalizarse ante la idea de que unos seres, inferiores para ella, llegaran a la osadía de tratar como animales a personas como nosotros.

—¿Se averiguó la verdad?

—Onver enterró el asunto. Como único interlocutor válido de Yunda ante la galaxia, negó las acusaciones y amenazó veladamente con interrumpir el negocio de las gemas. La importación de toda la producción que pasa por las manos de los onverianos la controla un consorcio dirigido por altos personajes de la Superioridad. Como comprenderá, todo un cúmulo de intereses creados me ha imposibilitado mi gestión.

—¿Que gestión?

—Mi hija Kraina, mi única hija, viajaba a bordo de una nave cuando ésta sufrió un accidente en el sector Antariano. Ocurrió hace demasiado tiempo, lo admito, pero yo siempre confié en volver a encontrarla viva.

Jar contó a Caronte todos sus esfuerzos, los hombres que contrató y cuántos de éstos perecieron de forma misteriosa. Dijo que Pujaindi había sido el último en abandonarle. Relató también su fallido intento de conseguir ayuda del gobernador Wunjaal, y sus temores de que incluso su vida peligraba si no fingía abandonar las investigaciones.

—Creo que mi hija, junto con otros náufragos, cayó en poder de los yundaitas, y esos malditos la convirtieron en uno más de los hombres que crían en su mundo para que les sirvan a guisa de bestias de carga.

—Es una teoría fantástica la que usted ha desarrollado, sin ninguna base, sin ninguna prueba.

—Pruebas, pruebas… —dijo Jar tristemente—. Todo el mundo me exige pruebas para demandar de los onveritas que permitan a una misión terrestre investigar en Yunda. Lord Wunjaal ya sabía lo que yo iba a pedirle. Seguro que sus amigos en la Tierra le advirtieron de mi llegada. Trató de disuadirme. Por los dioses, Caronte, no me pida pruebas. Es usted quien debe encontrarlas yendo a ese planeta. Si no descubre donde está mi hija, al menos consígame las pruebas necesarias de que ella vive. Entonces yo removeré los cimientos de la Superioridad y tendrán que hacerme caso, enviando, si es preciso, la flota de guerra.

—Mi trabajo podría costarle mucho dinero.

—Ponga la cifra. No la discutiré.

—Debe querer mucho a su hija.

—Es lo único que tengo en mi vida.

Caronte se levantó.

—Tengo que pensarlo —dijo—. Quédese esta noche en mi isla y mañana le daré mi respuesta. Mientras tanto, cuénteme el resto por el camino. Yarmina se sentirá contenta teniendo un convidado para cenar.

Caronte seguía sentado junto a la puerta que daba a la terraza cuando Yarmina se despertó de madrugada.

—Debías dormir —le dijo ella en medio de un bostezo.

—No tengo sueño. Querida, ¿qué piensas de Jar Simytti?

—Un padre que ha sufrido mucho. En realidad debería odiarle porque ha perturbado nuestra tranquilidad.

Ella se deslizó sobre las sábanas y se sentó al borde de la cama. Contempló la figura atlética de Caronte al contraluz de las estrellas.

—Sin embargo, siento lástima por él. Creo que es sincero.

—No estaba pensando en la posibilidad de que tratara de engañarme para sacarme de aquí y entregarme a mis enemigos. Había oído hablar de él aunque demostré no conocerle. Cabe dentro de lo lógico que lo maten quienes tienen interés en que no se profundice en el asunto. ¿Sabes? Lo que más me intriga de esto es lo referente a que unos humanoides tengan humanos por animales domésticos.

—Quizá sólo sean remotamente parecidos a los humanos y carezcan de inteligencia. Además, fue un rumor que se levantó hace tiempo, y quien lo propaló desapareció sin demostrar nada.

—Jar dice que ese explorador murió asesinado.

—Eso se lo dijeron sus investigadores.

—Es difícil que Kraina escapara del naufragio y acabara en Yunda como un animal más de sus habitantes.

—Y cuestionable también porque los yundaitas se hubieran dado cuenta de que era inteligente, no como las bestias con cierto aspecto humano. No los creo tan salvajes como para echarla a un corral, arriesgándose a sufrir una investigación que debería resultarles muy molesta porque deben ser muy celosos de su aislamiento.

Caronte se levantó y anduvo hasta una mesa. Abrió una caja y sacó un cigarro. Yarmina acudió a encendérselo.

—Simytti no dormirá en toda la noche pensando cuál será mi respuesta —dijo Caronte.

—Oh, yo la sé —se rió Yarmina—. Dirás que sí.

—¿Por qué lo supones?

—Te mueres de ganas de entrar en actividad. No creo que renovemos el alquiler de esta isla.

—Alquilaremos otra mejor cuando volvamos.

—¿Volvamos? ¿Quieres decir que cuentas conmigo?

—Desde luego.

—Yo no podría acompañarte a Yunda.

—Pero estarías cerca. Pediré a Simytti una nave adecuada, que tenga un transbordador pequeño, aunque capaz para unas seis personas. Si no encuentro a Kraina saldré de dudas. Sabré si hay o no humanos en Yunda sirviendo a sus habitantes en peores condiciones que esclavos en los tiempos del Gran Imperio.

—Cariño, hay un problema.

—¿Cuál?

—No podrás ser como un yundaita hasta que tengas a uno frente a ti, y para entonces podría ocurrir que fuera tarde. Ellos, al verte, dispararían antes que preguntar, ¿no?

—¿Quién te ha dicho que pienso investigar al principio como un yundaita? —se rió él.

Yarmina se quedó con la boca abierta.

Cuando consiguió reaccionar, exclamó:

—Estás loco. ¿Te imagino tirando de un arado o limpiando el culo a un ser peludo que luego te usará como felpudo?

Él sonrió:

—Piensa, preciosa. No hay datos de los yundaitas, pero sí de los onveritas, sus protectores.

Yarmina arrugó la nariz.

—Serás feísimo.

Caronte la abrazó. Todavía quedaba tiempo para que saliera el sol. Jar podía esperar hasta entonces su respuesta.

4

A Caronte le pareció bastante extraño que Jar Simytti insistiera tanto en que debía esperar fuera de Paralda, la nave que necesitaba: No quiso hacer preguntas, pero archivó debidamente el hecho. Quizá más adelante encontrase la respuesta a lo que parecía ser una obstinación del magnate.

En un punto del espacio, lejos de una posible detección de las patrullas de vigilancia de la Superioridad, esperaron a bordo del *Prometeo* durante diez días la llegada del vehículo exigido por Caronte.

—¿Por qué no me revela sus planes? —preguntó Jar a Caronte durante una sobremesa.

—No suelo hacerlo. ¿Está preocupado por la suerte que pueda tener su nave?

—Bah. Es un modelo que construí hace años por encargo de Tingani. Luego supe que… —Jar se quedó boquiabierto—. Por el diablo que empiezo a comprender, Caronte. Tingani revendió una partida de naves, de diseño lujoso, a Onver. Eran muy rápidas; al principio pensé que los onveritas acabarían artillándose, burlándose de las exigencias de la Superioridad que prohibían suministrar vehículos de guerra al reino.

—Ha sido una suerte que usted aún dispusiera de algunas en sus stocks —sonrió Caronte, cambiando una mirada de complicidad con Yarmina.

Jar sintió una súbita admiración por Caronte.

—Debió decirme para qué la quería —dijo.

—¿Hubiera valido de algo? ¿O acaso no le agrada que empiece mi misión suplantando a un onverita de alto rango?

—Todo lo contrario. Tengo archivados miles de informes acerca de Onver a bordo de esta nave. Esto le hubiera servido, ¿no?

—Lo suponía, y durante estas últimas noches he revisado lo concerniente a los embajadores de Onver en Yunda. Me he fijado en un tipo fatuo y poderoso. Creo que se llama Zluen-Won. Se retiró hace años, pero eso lo deben ignorar los yundaitas.

—Es imposible que haya revisado los datos del ordenador —Jar negó con la cabeza—. El capitán Horner tiene ordenado que sólo él y yo tengamos acceso a la cabina. Siempre hay un hombre de guardia.

—Pero ese centinela no se atrevería a impedirle el paso al propio Horner…, o a usted, ¿verdad?

Jar palideció. Por primera vez sintió miedo y se preguntó si no había metido a bordo a un diablo contaminante.

Suspiró y bebió un buen trago de su copa de vino.

Al otro lado de la mesa, Yarmina sonreía levemente.

—Todavía no me he hecho a la idea de sus poderes, Caronte —reconoció, algo pálido.

—Comparto su opinión, señor Simytti —dijo Yarmina—, y eso que llevo viviendo con él bastante tiempo. ¿Sabe que una noche Caronte quiso gastarme una broma? No se le ocurrió otra cosa que convertirse en…

—Al señor Simytti no le interesan nuestras aventuras de alcoba, querida —dijo Caronte.

Jar sonrió. Seguro que le hubiera gustado conocer la personalidad que usó Caronte aquella noche. Lanzó un suspiro y dijo:

—Quienes le crearon debieron pensar que echaban al mundo algo muy peligroso, Caronte.

—Lo pensaron, señor, y durante muchos años me mantuvieron prisionero en un asqueroso penal con la memoria borrada —dijo Caronte crudamente—. A veces me creen muerto, pero yo sé que cada uno de los que firmaron mi desaparición tiembla por las noches temiendo que yo me presente ante él y le exija el pago de tantos años de mi vida que me robaron.

—Admita conmigo que tienen razones para sospechar que usted podría suplantar a cualquiera de los altos dirigentes de la Superioridad, incluso acabar con ella.

—La Superioridad se derrumbará cualquier día, no necesita que yo la empuje. Además, no me interesa el poder. Prefiero la

satisfacción que obtengo cuando me burlo de mis enemigos.

Jar lo miró.

—Podría ser el hombre más poderoso de la Galaxia, el amo del mundo que le apeteciera.

Caronte soltó una de sus típicas carcajadas.

—Lo soy, podría serlo el día que quisiera, y eso me basta para mí. Prefiero ir asestando pequeños golpes a la Superioridad, hacerle daño con suavidad; cuando se percate estará llena de moretones.

—Es usted un hombre extraño…, y fabuloso. Me gustaría saber, Caronte…

—¿Qué?

—¿Qué le mueve a trabajar para mí?

—*Yo no trabajo exclusivamente* para usted. Lo hago también para mí. Si es verdad que detrás del asunto de las gemas y de los humanos que humillan los yundaitas hay algo, varios de mis enemigos rodarán por las escaleras del palacio de la Superioridad. Ése será mi mejor pago. Claro que no renunciaré a su dinero —sonrió—. Me gusta ganarlo, aunque podrá imaginarse que me sería fácil obtenerlo de mil maneras.

—Claro. Nadie le impide matarme. Una vez hecho desaparecer mi cadáver podría volver a la Tierra y tomar posesión de mi fortuna. Engañaría a todos, empezando por Horner. Pero sé que no lo hará.

Caronte había empezado a jugar con su cubierto. Alzó un poco la cabeza y preguntó:

—¿Está seguro?

Jar sintió un nudo en la garganta. El silencio se hizo largo y profundo en el comedor. Lo rompió Yarmina con una carcajada, que fue coreada a continuación por Caronte. Jar tardó algo en unirse a ellos.

5

Sabía que sus compañeros se habían reído de él durante la sesión del consejo, pero las burlas sin intención no eran el motivo que preocupaba a Eiwao cuando regresó a su hogar.

De todas formas no era la primera vez que se dormía, ni el único. La cuestión era que sus cabezadas coincidían, curiosamente, cuando su adversario Sailae tomaba la palabra, y todos creían que lo hacía adrede, como un desprecio al orador.

Eiwao, camino de su casa, se encontraba totalmente despabilado. Su cabeza reclinada, sus gordos dedos se entrecruzaban sin cesar en un tic característico suyo que denotaba su estado de nervios.

¿Qué le importaban las frases grandilocuentes de Sailae? Bah, aquel bastardo decía siempre lo mismo. Como político estaba acabado, según creía sinceramente. Pero otros no opinaban como él y aseguraban que Sailae sería el próximo Regidor del Consejo.

Eiwao se encogió de hombros. No le importaba. Lo prefería. Convertirse en Regidor implicaba tener que viajar a menudo por las ciudades. Por lógica él debía ser el próximo dirigente del planeta. Se repitió que era un asunto sin trascendencia. Prefería la vida tranquila, retirarse a su granja y cuidar de sus rankas.

Al pensar en su ganadería se le dibujó una amplia sonrisa y mostró los amarillos y gastados colmillos. Podía estar orgulloso de sus rankas. Era lo que le preocupaba. Su afán constante era mejorar la raza, obtener mejores ejemplares.

El vaivén que produjo el vehículo le sacó de sus pensamientos y se enfureció un poco. Asomó la cabeza y el brazo derecho y fustigó a los dos rankas que tiraban del carruaje. Sus latigazos no fueron fuertes, pero las bestias respondieron y aceleraron el trote.

Acabó admitiendo que el motivo de su preocupación, lo que le adormiló durante el consejo, eran las palabras de su capataz que no

se le borraban de lamente.

Era ya de noche cuando llegó a la mansión. Escuchó el parloteo de los rankas tras las cercas. Había luna doble aquella noche y la tradición decía que los machos olían a las hembras con más intensidad que en cualquier otra época y se irritaban.

Se oyó el chasquear ininterrumpido de los látigos cortar el aire para calmar a los más intranquilos. Eiwao bajó los párpados. Temía que algún ayudante del capataz se le fuera la mano más de lo debido y marcara la espalda de un joven ranka.

Ayaran, su capataz, acudió corriendo a recibirle. Se hizo cargo de los rankas y los liberó de los arreos, dejándolos al cuidado de dos ayudantes que los condujeron al corral más próximo.

Eiwao adelantó su zarpa y se apoyó en el hombro de Ayaran para bajar.

Las puertas de la casa se abrieron y acudieron más criados. Se hicieron cargo del equipaje de su amo y caminaron detrás de él a respetuosa distancia. Eran rankas maduros, de probada confianza, que jamás se desmandaron en las noches de doble luna. Sus compañeras habituales, bien limpias y peinadas, le saludaron a su paso con profundas inclinaciones de cabeza.

—¿Todo bien, Ayaran? —preguntó el consejero Eiwao, subiendo los escalones y añorando el fuego del hogar y su cómodo sillón.

—Excepto el pequeño problema, todo bien, mi amo —respondió el capataz.

Ya dentro, Eiwao se desprendió de la capa y caminó presuroso hacia el salón donde un ranka casi anciano acababa de atizar el fuego de la chimenea. Ayaran le siguió a respetuosa distancia.

El capataz sabía que su amo quería hablar con él aquella noche del asunto que le había estado preocupando todo el día. Su amo, algo más relajado, le miró desde su sitio preferido muy cerca del fuego, y le dijo:

—Si esto trascendiera, mi buen Ayaran, me vería en una situación muy comprometida. Es preciso capturar lo antes posible a esos rankas fugitivos. ¿Me entiendes? Para todo el mundo son nuestros, siempre estuvieron en nuestros corrales.

—No pueden estar muy lejos. Los cogeremos pronto. Tengo guardias de confianza en todos los caminos que podrían tomar para alejarse de nuestra propiedad.

—Es una buena medida. Al otro lado tienen las montañas, infranqueables para ellos. Más allá no pueden encontrar comida. Si quisieran seguir tendrían que dar media vuelta y volver sobre sus pasos —meneó la cabeza, y sus crines, que la edad oscurecía se bañaron con el rojo del fuego—. ¿Sabes? Me he enterado esta mañana, apenas llegué al consejo, de que un delegado onverdonita saldrá del Recinto y girará una visita a varias ciudades y granjas, a las lagunas y los talleres más importantes —torció el hocico—. Por supuesto, le tendremos aquí husmeándolo todo, andando bamboleante y torpe. Con su cabeza protegida por el suministrador de ese aire horrible que respiran. Ah, será desagradable.

Aquella noticia preocupó a Ayaran visiblemente.

—Hacía años que no recibíamos una visita así sin haber sido anunciada con mucha antelación, señor.

—Es cierto, mi buen Ayaran; pero los onveritas están teniendo demasiados contactos con el exterior y esto es contaminante. Ellos, nuestros aliados, no gozan de nuestros privilegios. Peor para Onver.

—Mañana estaré fuera, señor.

—¿Porqué?

—Quiero dirigir la partida. Los rankas no pueden estar muy lejos. Confío encontrarlos en el delta del río.

—No, de ninguna manera. Te quiero aquí. Necesito tus consejos respecto a las hembras. Ya llevan demasiado tiempo esperando.

—Siempre le dije, respetuosamente, que debimos emparejarlas hace dos años. Se van haciendo mayores.

—Las que usamos entonces nos dieron buenos resultados. Mis vecinos envidian mis cachorros, se mueren de ganas por comprármelos para criarlos como sementales —gorgueó Eiwao, recordando que incluso el arrogante Sailae le tentó con una buena cifra cuando una tarde llegó hasta su propiedad y quedó extasiado ante la perfección de los recién nacidos rankas.

—De todas formas, señor, me temo que…

—Vamos, habla sin temor. Ya sabes que siempre he respetado tu opinión.

—Las hembras que esperen, señor. ¿Por qué no las condicionamos? Su burdo lenguaje perturba el resto de la manada. Chillan demasiado, a veces en una jerga que no entiendo, extraña. Si las lleváramos antes a la enfermería dejarían de causarnos

problemas.

—Eso ya lo hicimos con las otras, aunque temimos entonces que el resultado de su apareamiento fuera deficiente. Sin embargo nos satisfizo. ¿No crees que mejoraríamos el resultado si las fecundamos antes de la inserción?

—Eso está por ver, señor —repuso el capataz, poco convencido.

—De todas formas lo intentaremos —gruñó Eiwao. Se inclinó sobre la mesa que tenía a su derecha y se llenó un gran vaso de licor de raíces, fuerte y aromático.

Sorprendió a su capataz mirándole con gesto de desaprobación. Ayaran se preocupaba más de la cuenta por su amo, pensó, por su salud. Bah, él era joven todavía. Apenas había cumplido los doscientos años. Confiaba vivir otros cincuenta como poco.

—Puedes retirarte, Ayaran —le dijo—. Gracias por todo.

—No debe beber tanto, señor; le hace daño.

—Déjame algún placer —respondió el amo. Como queriendo desafiar a su capataz bebió otro trago—. Sin esta bebida me sería imposible conciliar el sueño por las noches.

Ayaran inclinó la cabeza y se retiró silenciosamente. Al salir dijo al viejo ranka que dispusiera el lecho del amo.

A solas, Eiwao reprimió el temblor de aquella condenada arteria del cuello. Resopló. Temía que el dolor volviera de nuevo y le obligara a permanecer despierto toda la maldita noche.

Miró el vaso, el líquido parduzco y espeso que contenía. No era ningún placer la bebida; su única distracción desde hacía años, desde que perdió a su esposa, era la crianza de rankas, su orgullo. Todo el mundo sabía que Eiwao poseía los mejores ejemplares, y que pensaba mejorar las siguientes generaciones.

Lo conseguiría antes de que le llegara su hora, aunque para ello no parase de vulnerar las leyes. Era uno de los más viejos consejeros y, tal vez, el más Veterano ganadero. Apenas contaba unos pocos años cuando la vida cambió en Yunda. Su padre se lo contaba al calor del fuego, en los fríos inviernos.

Mucho antes de que él naciera la existencia para los yundaitas era dura y triste. Sus vecinos onveritas no querían nada con ellos. Sus escasas visitas se reducían a formalizar un comercio miserable, en el cual los seres de Yunda daban mucho a cambio de poco.

Pero algún tiempo después los onveritas descubrieron las gemas,

supieron cuánto valían en el exterior y se volcaron en Yunda, mimando a sus habitantes y convirtiéndose en sus protectores.

Los onveritas se arriesgaban a entrar en contacto con las horribles razas del exterior, aquellas que la leyenda local aseguraban eran demoníacas y portadoras de gérmenes mortales.

En menos de dos siglos la forma de vida de los yundaitas cambió, y los consejeros lograron que la población creyera que siempre había sido así, una existencia regalada gracias al uso adecuado de aquella raza inferior que les servía humildemente.

Los rankas eran la bendición de los dioses para. Yunda.

Todo transcurrió placenteramente, hasta un día en que los emisarios del reino de Onver llegaron al Recinto y se entrevistaron con los miembros del Consejo. Aquellos seres enormes y de aspecto repulsivo les transmitieron datos e informes que al principio llenaron de consternación y miedo a los consejeros. Todo partió del momento en que los onveritas conocieron la existencia de los rankas.

Y se firmó el pacto y se redactaron las leyes concernientes a los rankas. Desde aquel día, Yunda expresó oficialmente a la galaxia su determinación de no recibir ninguna visita del exterior excepto la de sus protectores. En realidad se legalizaba una vieja práctica, se fortalecía con disposiciones que toda la galaxia debía respetar.

A cambio de su protección, Onver impuso sus condiciones que acató el Consejo.

Eiwao se agitó, nervioso y embargado un momento, por un destello de recelo. Las condiciones eran severas. Nadie se atrevió a vulnerarlas. En verdad era difícil hacerlo porque las condiciones para ello no podían presentarse a menudo. Sin embargo, Eiwao no dudó en ponerse fuera de la ley con la complicidad de su fiel capataz Ayaran.

Era una oportunidad que no podía desperdiciar.

Los malditos onveritas, además de sus leyes, obligaron a los criadores de rankas a permitir que ellos intervinieran. Aquello ocurrió hacía más de cien años y desde entonces la raza vital para la supervivencia de Yunda empezó a degenerar lentamente. Esto lo venía observando Eiwao, quizás era el único que lo notaba entre todos los ganaderos.

Y no estaba dispuesto a ello. Tras la muerte de su esposa empezó

a hacer experimentos genéticos con los rankas, cosechando un montón de fracasos.

Eran pequeños intentos fallidos, pero que le llenaban de irritación. Mantenía la eficacia de sus rankas, situándolos por encima del nivel de sus Vecinos. Pero él quería más. No se conformaba con conservar el nivel tradicional: quería superar el actual y volver al primitivo, cuando los rankas eran indomables y sólo claudicaron bajo el látigo y las amenazas, actitud que cesó bastante en la segunda generación y acabó con la tercera, exactamente cuando los onveritas intervinieron y enseñaron a los habitantes de Yunda a sofocar los tímidos conatos de rebeldía.

Eiwao pensó en la próxima visita del enviado de Onver. ¿Cómo se llamaba? Ah, sí. Zluen-Won. Jamás había oído hablar de él. Al parecer llegaría al Recinto dentro de dos o tres días. El anuncio había sido recibido en el transmisor del Consejo, escueto y algo torpe.

¿Cómo lo hicieron los onveritas del Recinto la última vez que viajó desde Onver un inspector de su gobierno? Eiwao creía recordar que fue a través de un comunicado largo y escrito en un hermoso documento.

Se encogió de hombros.

Quizá las costumbres de los onveritas habían cambiado desde entonces.

No le extrañaba. Eran seres que mantenían excesivos contactos con el exterior. Se contagiaban de las costumbres perniciosas. Algún día acabarían mal, sonrió tristemente.

Por desgracia, Yunda necesitaba todavía de los onveritas para seguir prosperando, de sus productos industriales y para la venta de su gran fuente de ingresos: las gemas talladas, el gran secreto que mantenía celosamente guardado el Consejo.

Ni siquiera los onveritas habían tenido acceso al proceso empleado por Yunda en sus apreciadas gemas, acabó riendo Eiwao.

Al poco rato se había dormido.

6

—Caronte debió planear algo menos arriesgado —mascullló Simytti.

Siguió paseando por el puente de mando, echando ocasionales miradas a los paneles de mando, sobre todo a las pantallas que recogían imágenes de Yunda.

Yarmina le observó de soslayo. Pensó que Caronte no debió ceder a la pretensión de Jar de esperar a bordo de la pequeña nave que habían utilizado para bajar al Recinto de Onver en Yunda.

Una vez que Caronte desembarcó bajo la apariencia del onverita Zluen-Won, ellos partieron y colocaron la nave en una órbita alrededor del planeta, confiando en que nadie les descubriría mientras aguardaban.

La espera se hacía larga.

La compañía de aquel hombre, cada vez más nervioso, no iba a ser una distracción, decidió resignada.

—¿Acaso usted tenía un plan mejor? —preguntó ella con sorna.

Jar negó con la cabeza.

—No, maldita sea. ¿Cuánto cree que tardará? ¿Cuándo tendremos noticias de él?

Yarmina se encogió de hombros.

—Caronte podrá comunicarse con nosotros mediante el transmisor. Lo hará cuando lo considere oportuno. ¿Un día, una semana? No lo sé. La espera es impredecible.

El hombre se pasó la mano por los labios. Se sentó frente a Yarmina y la estuvo mirando un instante, hasta que ella alzó la cabeza y le interrogó, con un gesto, por el motivo de su silencio.

Jar empezó:

—Me estaba preguntando.

—Siga —le apremió Yarmina.

—Era una tontería —sonrió él—. Es usted muy hermosa, muy joven. ¿Qué hace junto a un hombre como Caronte?

—Le amo. ¿No es suficiente?

—Corre peligros a su lado…

—La vida es excitante a su lado. Es como… No sabría explicarlo.

—¿Como vivir con muchos hombres a la vez? —rió Jar.

Yarmina lo miró reprobadoramente.

—No haga bromas. No voy a contarle mi vida sentimental.

—Lo siento; pero a veces es imposible no pensar en trivialidades.

—Le comprendo.

—Un hombre variable, de mil caras y mil cuerpos —agitó la cabeza—. Afortunadamente no hay muchos como él.

—Ninguno más, según creo. Después de haberlo creado, quien lo hizo rompió el molde, como se dice vulgarmente.

Jar hizo girar su sillón y volvió a mirar el planeta. Aquella imagen hermosa del mundo algodonoso parecía ejercer en él una atracción muy poderosa.

—Si su hija está ahí Caronte la encontrará —aseguró ella.

—Ojalá. ¿Qué estará haciendo ahora Zluen-Won?

—Ya habrá salido del Recinto y empezará a representar su papel de embajador o inspector, lo que sea el oficio que haya elegido.

—Caronte me confesó que no le sería fácil engañar a sus falsos hermanos de raza —dijo preocupado.

—Nada será sencillo, pero Caronte ha salido siempre adelante con su mejor arma: la improvisación.

—Yo jamás he improvisado.

—Su oficio no es como el de él —rió Yarmina.

No era aquél el primer papel de humanoide que interpretaba Caronte. Sin embargo, se le antojaba uno de los más difíciles. Debido a la corpulencia media de los onveritas, le costaba mucho alcanzar la altura de Zluen-Won, superior a los dos metros. El idioma no era complicado. Como siempre, lo peor era meterse en la personalidad del elegido y comportarse correctamente ante otros onveritas.

El llamado Recinto, una construcción apartada de la principal ciudad de Yunda, medio hermética, era el único lugar en el planeta donde los seres de Onver podían moverse sin necesidad de llevar una escafandra o un suministrador de su aire.

Caronte no quiso perder más tiempo con su personaje y no adaptó el sistema respiratorio para vivir dentro de una atmósfera ponzoñosa como era la de Onver.

Bajó de la nave con la máscara y explicó a los onveritas que acudieron a recibirle que pretendía salir enseguida del Recinto, por lo cual deseaba acostumbrarse lo antes posible a aquel engorroso dispositivo que no podría quitarse durante todos los días que permaneciese en el exterior.

El encargado del Recinto, un onverita joven y altivo, que agitaba su cabeza sin cesar, moviéndola sobre el largo cuello, miró a Caronte con sus tres enormes ojos redondos, se mostró algo intranquilo por la presencia de Zluen-Won. Empezó a hablar de su deber, de que debía solicitar datos a Onver y confirmar aquella visita no anunciada.

Caronte usó un malhumor subido de tono para reprenderle y decirle que hiciera lo que le viniera en gana, pero que a él le dejase marchar porque ya tenía concertada una cita con varios líderes muy importantes de Yunda y no quería hacerles esperar.

Cuando se acomodaba en un vehículo que el encargado le puso a su disposición gentilmente, Caronte observó que la nave pilotada por Yarmina despegaba del pequeño astropuerto. La envió una silenciosa despedida y confió en quejar Simytti sabría ser paciente.

Salió del Recinto y condujo el vehículo en dirección a la ciudad. Sabía que allí existía una especie de hotel donde un auténtico onverita podría descansar en habitaciones acondicionadas con niveles de presión y atmósfera idénticos a los de Onver.

Fuera del Recinto, Caronte respiraba directamente el aire de Yunda, ideal para un humano, aunque mantenía su cabeza bajo la protección del casco, que en realidad le permitiría respirar bajo su condición de humano si tuviese que permanecer en un cuarto dispuesto para un auténtico ser de Onver.

Lejos del Recinto se cruzó en la carretera con escasos vehículos de motor nativos, y enseguida descubrió el sistema de locomoción, local que abundaba.

Caronte se había sentido hasta ahora el centro de las miradas curiosas de los yundaitas, pero ante la visión del medio de tracción usual no pudo evitar sufrir un vivo estremecimiento.

Aparte de los pocos vehículos motorizados, la mayor parte eran

lentos carruajes tirados por seres humanos desnudos, que trotaban o avanzaban cansinamente, según las prisas de su conductores yundaitas o el peso de la carga.

Había carros grandes que poseían un tiro compuesto por ocho o diez humanos, y carricoches ligeros con uno solo o un par de ellos.

Caronte aminoró la velocidad de su vehículo y se entretuvo observando aquel espectáculo, que aunque previsto dentro de las posibilidades, no dejaba de sorprenderle e irritarle a la vez.

La ciudad se acercaba, se aproximaba a sus arrabales, y volvió a aumentar la velocidad cuando se percató que crecía la curiosidad que despertaba entre los nativos que veían su paso. Sin embargo los humanos, sudorosos y jadeantes, mantenían la vista fija al frente y la presencia del gigantesco onverita parecía traerles sin cuidado.

Estaba entrando en una calle amplia que parecía ser una avenida, no obstante, cuando un coche pequeño pero lujoso se cruzó ante su marcha y los dos humanos que tiraban de él hicieron grandes esfuerzos para frenarlo.

Caronte apagó el motor y logró detener su vehículo apenas a un metro de los dos hombres. Los miró. Calculó que tendrían unos cuarenta años, estaban llenos de sudor y polvo y respiraban con la boca abierta.

Ni por un momento le miraron a él.

Del pequeño coche bajó un nativo, gritó algo a sus humanos que Caronte no entendió y se dirigió hacia el falso embajador de Onver, con una sonrisa extraña en su boca pronunciada que evidenciaba su parentesco lejano y discutible con los caninos terrestres.

Caronte observó que acudían yundaitas portando látigos; tenían un cinturón de piel del que pendía una corta espada y lucían en la cabeza un pequeño casco de acero coronado con un morrión de plumas rojas. Trataron con sumo respeto al personaje que había bajado del carricoche y se ocuparon de desviar la circulación hacia otras calles.

En aquel momento, Caronte pensó vertiginosamente. Sabía que su farsa no podía durar mucho tiempo. Ya había levantado sospechas entre los onveritas del Recinto. Quizás en aquel momento estuvieran pidiendo informes a Onver, preguntando quién era el recién llegado y por los motivos de su arribada a Yunda sin una previa advertencia por parte del departamento de relaciones con el

protectorado del gobierno.

Si esto ocurría no se tardaría en descubrir que el auténtico Zluen-Won disfrutaba de su retiro en algún lugar de Onver.

Aunque Caronte tenía previsto este hecho, que esperaba no sucediera enseguida, la súbita interrupción de su viaje por la ciudad le obligaba a temer que los nativos fueran los que le desenmascarasen antes de lo previsto.

El personaje local llegó hasta cerca de su vehículo y asomó la cabeza por la ventanilla abierta. Seguía sonriendo cuando dijo:

—Soy el consejero Sailae, excelencia. Bien venido a la ciudad.

Caronte estimó que lo correcto era bajar. Deslizó la puerta hacia un lado y puso los pies sobre el pavimento. Miró desde su altura al pequeño yundaita llamado Sailae, hizo una leve inclinación de cabeza y murmuró:

—Le estoy muy agradecido, noble Sailae —su pronunciación del idioma local no era muy buena, pero confiaba que su voz, algo distorsionada al salir a través del comunicador de su escafandra, resultase pasable.

—Recibí un aviso del Recinto, señor —dijo Sailae. Ya no sonreía —. Es imperdonable que sus compatriotas se hayan olvidado de darle una escolta adecuada a su rango.

—Me dirigía a cierto edificio acondicionado para nosotros.

—Permítame que le ofrezca mi casa. En ella dispongo de varias habitaciones adecuadas para usted. Las construyó mi padre para alojar a sus huéspedes onveritas, cuando ustedes nos honraban más a menudo con sus visitas. Eran los tiempos en que se firmaron los protocolos. ¿Acaso usted perteneció a la misión de su planeta, excelencia?

Caronte salió pronto del apuro, diciendo:

—Acepto agradecido su hospitalidad, noble Sailae —hizo intención de regresar al vehículo. Pensaba que seguiría el camino que tomase el carricoche de Sailae.

Pero el consejero le brindó su pequeño coche, asegurando que dentro cabrían los dos.

—Su vehículo de motor será llevado de vuelta al Recinto, señor.

Caronte miró con aprensión el pequeño coche. Aunque en su interior podría acomodarse junto al consejero, dudó si los dos humanos serían capaces de avanzar con tanto peso. Expuso sus

dudas a Sailae, y éste, tras soltar una carcajada, afirmó:

—Seguro que sí. Mis rankas son fuertes, señor.

Una vez dentro, el nativo añadió, mientras esperaban que los yundaitas de los látigos terminaran de despejar la calle:

—Sorprendente. Jamás pensé que llegaría a oír a un noble onverita preocuparse por un par de miserables rankas.

—Simplemente quería asegurarme de llegar a su casa, señor. El espectáculo que pueden ofrecer dos rankas reventados no debe ser agradable.

Sailae volvió a reír y Caronte pensó qué había salvado la situación, pero se hizo el firme propósito de tener más cuidado con lo que decía en el futuro.

El carricoche emprendió la marcha, y durante todo el trayecto no dejó de sentir pena por los denodados esfuerzos de los llamados rankas, a los que Sailae fustigaba intermitentemente.

Desde aquel momento archivó en su mente que Sailae recibiría en sus espaldas parte de los latigazos que había propinado a la pareja de rankas. Y lo había hecho con evidente placer, como si odiara a los humanos convertidos en bestias.

Antes de entrar en la casa del consejero, Caronte descubrió en la frente de uno de los rankas el objeto metálico. Era un disco pequeño de plata que parecía estar incrustado en la carne.

Durante muchas horas no logró olvidar la mirada perdida, los ojos vidriosos, del humano que había tenido muy cerca al bajar del carricoche.

7

—Maldito seas, Caronte —resopló Yarmina—. ¿Qué esperabas para ponerte en contacto con nosotros?

—Hola, preciosa. ¿Todo bien ahí arriba?

Caronte se miró en el espejo. Le agradaba estar sentado, relajado, y lo estaría mucho más si no tuviera que tener metida la cabeza dentro de la máscara para respirar aire adecuado para él y no la ponzoñosa atmósfera de la habitación, sólo idónea para un humanoide de Onver.

Sostuvo cerca de sus labios el pequeño pero potente comunicador. Apenas terminase de hablar con su chica y Jar Simytti volvería a transformarse en Zluen-Won. Pero tras casi tres días de usurpar aquella personalidad se dijo que merecía un descanso, aunque sólo fuera durante algunas horas.

—¿Está Simytti junto a ti? —preguntó.

—Sí, y muy impaciente.

—Lo comprendo.

Caronte oyó la voz alterada de Jar:

—Por lo que más quiera, Caronte, dígame qué ha averiguado. No debió tardar tanto en llamarnos. Ya me estaba quedando sin uñas.

—Han sido unos días muy provechosos —sonrió Caronte—. La verdad es que no imaginé que hiciera tantos descubrimientos en tan poco tiempo, de lo que me alegro porque tengo noticias de que los onveritas del Recinto no paran de clamar a sus superiores del gobierno para que les digan de una vez qué demonios hace Zluen-Won en Yunda.

—Deben de ser unos tipos muy torpes —se rió Yarmina—, nada inteligentes. Lo normal hubiera sido que te descubrieran apenas desembarcaste.

—¿Por qué? —contestó Caronte—. Lo último que ellos pueden

pensar es en un espía. No viven seres como los onveritas fuera de Onver. Ni el mejor disfraz de la galaxia conseguiría que un humano pasase ante sus hocicos y los engañara. Sólo un tipo como yo lo haría.

—No te des más autobombo y cuenta de una vez —pidió Yarmina.

—Está bien. Simytti, es cierto que en Yunda existen humanos que son bestias de carga y mano de obra barata para los nativos.

—¿Ha visto a mi hija?

—No, lo siento. Me he movido cuanto he podido, y he interrogado a varios rankas, como son llamados aquí los humanos. Todos hablan el idioma galáctico-humano, aunque algo corrompido. Los adolescentes, a mi parecer, son más inteligentes que los mayores. Los yundaitas condicionan a sus rankas al cumplir los dieciocho años, les someten a una pequeña operación y les colocan un electrodo en la frente. Creo que es un invento desarrollado por sus protectores onveritas, ya que los nativos son poco aptos para los trabajos técnicos de alta preparación. Estos módulos someten a los rankas adultos y los vuelven sumisos.

—La esclavitud existe, pero es abominable que la practiquen seres inferiores sobre humanos —masculló Jar—. Caronte, ¿ha averiguado cómo se inició esto?

—Oscuramente, sí. Los humanos de Yunda no vivieron siempre aquí: Los auténticos nativos son esos seres pequeños y peludos. Mi teoría es que los rankas llegaron a este planeta hace muchos años, tal vez un naufragio, y fueron usados por los yundaitas para que les hicieran los trabajos duros.

—¿A qué tiempo se refiere? Mi hija naufragó hace sólo tres años…

Caronte suspiró. Estuvo a punto de pedirle a Jar que se olvidase de Kraina por un momento.

—Le repito que ignoro cómo aparecieron los humanos en Yunda. Tampoco conozco aún si a los descendientes de los originales rankas han añadido más hombres y mujeres. Déjeme seguir, Simytti. Mi situación es muy delicada actualmente. Creo que sólo dispondré de unas veinte horas más para seguir engañando a esta gente. Tengo un plan.

—Hable, Caronte.

—El primer día que llegué estuve alojado en la casa de un consejero de este planeta, un tal Sailae, un pequeño ser fatuo e importante que goza castigando a sus rankas. Al parecer está destinado a convertirse en jefe del Consejo, lo que equivale a decir que sería el máximo mandatario de esta comunidad y principal interlocutor con los protectores onveritas.

—¿Eso tiene importancia?

—Sí, aunque lo dude por ahora. Sailae tiene un rival, un viejo consejero llamado Eiwao, un investigador de la genética de los rankas y el más importante criador. Tiene fama de poseer los mejores ejemplares de rankas de todo el planeta. Eiwao también está propuesto para presidir el Consejo, pero al parecer el viejo no tiene ambiciones políticas. Esto no impide que Sailae le odie e intente por todos los medios desacreditarle.

—¿Cómo supo esto?

—Hablé con un anciano ranka. A veces tenía bastante lucidez como para referirme viejas historias que había escuchado a sus mayores, y estos de sus antepasados. Me refirió que hubo un tiempo en que los rankas eran libres y vivían en Yunda como huéspedes distinguidos, hasta que ocurrió algo que los sumió en la condición de esclavos. No supo decirme más, pero debió tratarse de un acontecimiento vital.

»El consejero Sailae es un importante productor de gemas. Le convencí para que me enseñara sus criaderos y me llevó al día siguiente a las lagunas de su propiedad, donde crecen una especie de ostras de las que obtienen las perlas, que inmediatamente trasladan a unos barracones para ser talladas, antes de que pierdan sus propiedades. Dígame, Jar, ¿siente curiosidad por conocer el proceso detallado?

—¿Bromea, Caronte?

—Lo siento, pero no lo averigüé. Sailae era todo amabilidad y estaba deseoso por complacer a su importante invitado onverita, pero se negó a dejarme entrar en el barracón, fuertemente custodiado. De todas formas sigo pensando que sería muy interesante observar el tallado.

—¿Por qué? —preguntó Yarmina.

—Deberías ver las *manos* de los yundaitas. Sus toscos dedos son los menos apropiados para manejar las herramientas de precisión

que se requieren para un tallado tan delicado. Por ejemplo, los cubiertos que usan son especiales, fabricados en Onver para que se adapten y puedan comer civilizadamente, no como animalitos torpes.

—No debió quedarse estos días en la casa de Sailae, Caronte —le recriminó Jar.

—¿Quién ha dicho que sigo en ella? Después de ver los corrales de rankas, las lagunas y el barracón del consejero por fuera, le pedí firmemente que me llevase hasta la granja de su rival Eiwao, lo cual estuvo a punto de provocarle un ataque de rabia. Ahora estoy muy lejos de la ciudad, amigos.

—¿Había descubierto algo de especial en ese sitio?

—No, pero ya tenía pensado que eh las afueras, en pleno campo, sería más fácil que Yarmina bajase pilotando el deslizador.

—¿Qué quieres que haga, Caronte? —preguntó la chica.

—Es el momento de que yo abandone Yunda, cariño.

—¡No lo permitiré! —exclamó Jar—. Todavía no sabe si mi hija ha estado o sigue estando en ese maldito planeta.

Caronte agitó la cabeza. Sabía que le costaría convencer al magnate. Calmosamente, dijo:

—Curiosamente la comunidad nativa no es muy numerosa. Estos yundaitas son poco prolíficos, pero calculo que habrá miles de rankas en las cercanías. Razone, Jar, ¿cuánto tiempo necesitaría para verlos a todos?

Escuchó el gruñido de Simytti, y al cabo de un rato, decir:

—¿Qué piensa hacer?

—Simytti, creo que usted puede volver a la Tierra con esas pruebas que necesitaba para que el gobierno de la Superioridad le haga caso y envíe a Yunda su flota de guerra. Por muy oscuros intereses que tengan algunos personajes importantes en el negocio de las gemas, no podrían impedir que se haga lo posible para que esta situación de esclavitud se interrumpa.

—Es posible… Siga.

—Yarmina vendrá a buscarme al lugar que le indique. Yo me las arreglaré para que me acompañen dos o tres rankas. Con su testimonio y otras pruebas gráficas tendrán que creerle.

—Es lógico que nos crean, Caronte.

Éste le detuvo:

—Un momento, Jar. *Le creerán a usted*, recuerde que no podrá contar con mi informe. Yo no regresaré a la Tierra.

—Es verdad. Lo había olvidado. Tiene razón, Caronte. Será lo mejor.

Yarmina le preguntó:

—¿Cuándo quieres que baje?

—Esta noche.

Le explicó a continuación dónde debía hacerlo y la hora exacta.

—¿Qué tal le ha ido con Eiwao, Caronte? —preguntó Jar.

—No tan cómodamente como en la casa de Sailae —se rió Caronte—. La habitación donde estoy me la prepararon urgentemente, y creo que un auténtico onverita lo hubiera pasado fatal. Por cierto, Eiwao me recibió fríamente. Es evidente que no le gustan los seres de Onver, pero tiene que tolerarlos. Posee los mejores ejemplares de rankas de todo el planeta, cómo os dije antes, y no los maltrata como vi que hacía Sailae. De una manera muy especial, los quiere.

—Conozco a mucha gente que ama a sus animalitos domésticos —gruñó Jar.

—Me presentó a su capataz Ayaran, un individuo muy interesante. Anduvo alrededor de mí muy nervioso todo el tiempo, mientras me mostraba la propiedad. Ah, las lagunas criadoras de perlas o gemas son pequeñas, pero las tallas que obtienen son exquisitas, casi superiores a las de Sailae. Por supuesto, tampoco visité el taller —Caronte hizo una pausa a propósito—. Los rankas de esta hacienda van muy limpios y parecen estupendamente alimentados. En la casa del amo sirven varios, viejos y serviles, que parecen pertenecer a la familia.

—¿Qué hará hasta que Yarmina baje a buscarle?

—Dentro de unas horas estoy citado con Eiwao a comer. Bueno, es un decir porque fuera de esta habitación no puedo desprenderme de mi máscara de aire. Comeremos cada uno en una estancia, sentados frente a un cristal. Charlaremos mientras tanto, al tiempo que degustamos nuestros respectivos alimentos. Apenas termine pediré a mi anfitrión que me disculpe porque deseo descansar y correré las cortinas. Una hora después saldré de la casa, saltaré a los corrales y me llevaré a dos o tres rankas, de buen grado o por la fuerza.

Caronte había decidido no contar a Simytti nada respecto a sus sospechas de que en la propiedad de Eiwao ocurría algo. Había captado en el capataz Ayaran cierta tensión, así como una especie de nerviosismo en los vigilantes. Cuando el día antes se acercó a un corral oyó a varios rankas susurrar algo que le llamó la atención. Al parecer varios ejemplares se habían escapado y se estaban organizando partidas para capturarlos.

Si dejaba volar aún más su imaginación, Caronte podía llegar a la hipótesis de que existía un núcleo de humanos que Ayaran no podía controlar. Mejor era no decir nada por el momento a Jar, que podía creer que se trataba de hombres o mujeres recién llegados al planeta.

—Debo cortar —dijo Caronte cuando su fino oído escuchó rumores de pisadas al otro lado de la puerta. Miró la hora. No era todavía el momento para que vinieran a avisarle de que el amo iba a llegar para cenar con él.

—Suerte, cariño. Deseo verte pronto —le deseó Yarmina.

Jar no le dijo nada. Quizá no estaba muy convencido de que lo obtenido por Caronte valiera la pena.

Caronte ocultó el pequeño transmisor entre los pliegues de la túnica de Zluen-Won y se acercó a la puerta. Pegó el oído a la hoja de madera y oyó que las pisadas se detenían al otro lado.

Al lado de la puerta estaba el cristal que servía de tabique. Empujó levemente la cortina y atisbo. Parpadeó al ver en el pasillo a un grupo de onveritas, y detrás de éste a varios seres de Yunda, entre los que se encontraba Eiwao y, sorprendentemente, el consejero Sailae.

Sailae, tras escuchar su petición de querer trasladarse a la propiedad de su rival Eiwao, se había limitado a poner a su disposición un carruaje. Cuando Caronte le preguntó por el motivo de no desear acompañarle, le respondió que le resultaba imposible porque tenía previsto asistir a una reunión del Consejo. Era una mentira, pensó entonces. Eiwao no quería pisar la casa de su rival.

Con sigilo, Caronte conectó el micrófono para escuchar lo que sucediese en el pasillo. Luego miró el ventanal herméticamente cerrado y percibió el ruido ronco del suministrador de aire adecuado paja un onverita.

Sonaron dos golpes secos en la puerta. Luego, la voz de un

onverita le llegó nítida por el micrófono, demasiado fuerte, como si ignorasen que él había conectado el comunicador.

—Abra la puerta, excelencia.

No se atrevió a mover de nuevo la cortina y se limitó a esperar.

—Sabemos que está ahí. Somos una representación del Recinto y queremos hablar con usted inmediatamente.

Caronte se mordió los labios. Si se esforzaba podía recuperar su aspecto onverita y enfrentarse a aquella gente, pero era obvio que le habían descubierto, aunque mucho antes de lo previsto. Se preguntó qué demonios había pasado. Quizá la presencia del consejero Sailae fuera la explicación, aunque lo dudaba.

Había transcurrido un minuto desde la última advertencia y su silencio pareció haber exasperado aún más al ser de Onver que llevaba la voz cantante.

—Déjese de farsa. Sabemos que usted no es Zluen-Won y le exigimos que nos diga cara a cara para qué ha venido a Yunda suplantando al viejo embajador. ¿Quién le paga?

Aquellas palabras sorprendieron a Caronte. Lógicamente los onveritas debían estar asombrados ante el hecho de que un miembro de su raza fuera un traidor. Entre los onveritas no se había dado un solo caso de traición en mil años, nadie que trabajase para otra etnia o planeta enemigo. Pero aquellos seres sabían que él espiaba.

La voz siguió:

—Si está loco le cuidaremos. Protéjase con su máscara y abra. Si no lo hace derribaremos la puerta.

Caronte sonrió torvamente. La imaginación de los onveritas no iba más allá de considerarle un loco, alguien que había querido emular a un personaje como Zluen-Won. Eran gente extraña aquellos seres.

Recogió el comunicador. Era lo bastante pequeño como para poder ocultarlo dentro de su mano. No tomó nada más. Desnudo totalmente se dirigió hacia la ventana, alzó un taburete y lo lanzó contra el cristal.

Antes que cayesen los últimos trozos de cristal, Caronte saltó al exterior, al tiempo que se despojaba de su máscara y del equipo de oxígeno. Afortunadamente se encontraba en el primer piso y la altura era apenas de tres metros. Se enderezó y miró al frente.

A lo lejos, tras el pequeño grupo de árboles, se levantaba el corral más grande.

Como había sucedido las noches anteriores, los rankas parecían inquietos. Estaban saliendo las lunas y ya sabía que éstas producían en ellos algo extraño, que los yundaitas achacaban al deseo de mujeres.

Llegó a los árboles y se volvió para mirar cómo por la ventana asomaban las cabezas de los onveritas. Luego siguió corriendo. A lo lejos descubrió a varios secuaces del capataz, con sus látigos resplandecientes en la noche que se cernía. Se dirigían hacia allí. Debía darse prisa si quería evitar que le cortasen la retirada.

Los rankas no podían saltar la valla, pero para Caronte no fue nada difícil. Hacerlo era más fácil desde el exterior. Se podían salvar las filas de púas.

Había hombres cerca y le miraron sorprendidos. Dejaron de comer ante su proximidad. Caronte escuchó a sus espaldas las carreras de sus perseguidores, las grandes zancadas de los onveritas y los pasitos nerviosos de los nativos de Yunda.

Pero debía desconfiar tanto de los humanoides grandes como de los pequeños. Estos poseían armas además de látigos, aunque los primeros no las utilizarían con tanta facilidad como lo harían los onveritas.

Caronte arrebató a un sorprendido ranka su escudilla y fingió comer. Sonrió entre dientes. Por el momento podía sentirse seguro. Sus perseguidores estarían buscando un onverita. Tardarían en darse cuenta que en aquel corral había un ranka de más, y para cuando lo supieran él confiaba en estar lejos de nuevo, cerca del lugar donde había citado a Yarmina.

Cuando el grupo se alejó, Caronte devolvió la escudilla a su dueño. Se quedó mirándolo fijamente. Era un ranka que podría tener entre veinte y treinta años. Parecía fuerte y fue el único de todos los que estaban cerca que no se alejó de él indiferente.

—Come si quieres —le dijo el ranka empujando la comida.

Por alguna razón que todavía desconocía, Caronte sabía que los rankas eran obligados a llevar una estricta alimentación vegetariana. El menú de aquel día, una sopa espesa de verduras, no le resultaba atractiva.

Sin embargo no quiso ofender a su nuevo compañero y la

aceptó.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Caronte.

—Ranka, claro —respondió sorprendido el otro.

—Debes tener un nombre, ¿no?

Recibió un contundente movimiento negativo de cabeza.

—Te llamaré Espartaco. Al fin y al cabo eres un esclavo.

—¿Espartaco?

—Eso es. ¿No te gusta?

—Es ilegal. Nosotros no podemos tener nombre.

—Pero esos tipos os llaman de alguna forma, ¿verdad?

—Sólo está permitido que, para distinguirnos, usen los números que poseemos y se señaló el metal de su frente.

—Yo soy Caronte, un hombre libre.

—¿Hombre?

—Claro, los rankas sois hombres —sonrió Caronte.

Estaban solos. Los demás, después de comer, parecían dispuestos a dormir. Ya no lanzaban ayes quedos, al menos no se producían en aquel corral, aunque en otros persistía la agitación.

—El barracón aquel, ése que está detrás del otro corral, ¿qué contiene?

A Caronte le había intrigado desde el día anterior que el capataz Ayaran no quisiera decirle lo que había. Le preguntó si allí se tallaban gemas, recibiendo una respuesta negativa. Ayaran cambió de conversación enseguida. Caronte comprendió que el yundaita no era muy hábil mintiendo. Podía haberle dicho que era un lugar restringido, un taller de tallado, y él se hubiera conformado.

—Son hembras las que viven allí, Caronte —el recién bautizado Espartaco soltó una risa nerviosa al pronunciar por primera vez el nombre de su nuevo amigo.

—¿Por qué motivo no están en el corral de las mujeres?

Caronte tuvo que explicarle pacientemente que las hembras rankas eran mujeres. Espartaco asintió a todo, pero Caronte tuvo la sospecha de que no le había entendido.

—Vamos a dejarlo claro, muchacho —dijo—. Tú eres un hombre que no debería ser tratado como una bestia. ¿Comprendes? Ahora dime qué hacen esas mujeres ahí encerradas y por qué motivo las mantienen apartadas de las demás, de las otras que amamantan a sus críos o engordan en su embarazo.

Otro detalle que Caronte había observado era el gran número de mujeres embarazadas que existía en la propiedad. Recordó que Eiwao le comentó, quejándose, de que las rankas no dieran a luz más que una *bestezuela* cada vez. Los onveritas, sus hembras, parían carnadas de tres o cinco, pero algo existía en la religión de los nativos que les obligaba a sacrificar a todos excepto al primero en nacer. Y si a este absurdo se añadía el hecho de que apenas el treinta por ciento de los jóvenes yundaitas superaban el primer año de vida, se explicaba lo poco numerosa que era la comunidad de Yunda.

—Están ahí desde hace tiempo —respondió Espartaco—. Dicen que serán entregadas a los mejores, pero yo no lo creo. Antes había unos rankas, encerrados también. Cuando los cacen los usarán para que se emparejen con ellas —Espartaco se estremeció—. Son hermosas, diferentes a las demás, pero yo no quisiera ser uno de ésos desobedientes.

—¿Por qué?

—Hace semanas, cuando se escaparon, oímos gritar al capataz Ayaran que después de usarlos con las rankas encerradas los castrarán y luego los harán pedazos.

Caronte acarició el pequeño transmisor que ocultaba dentro de su puño cerrado. Sintió un ligero escalofrío. ¿Acaso estaba sobre uña pista sorprendente?

—¿Por qué no te escapaste con los demás?

Espartaco palideció a la luz de las lunas.

—Ellos no tenían su número —se señaló el trocito de metal—. Yo habría sufrido los dolores que… —el ranka enmudeció. Miraba la frente limpia de Caronte—. ¡Tú no tienes número!

—Cállate, condenado —silabeó Caronte. Se maldijo. Se había creído muy listo logrando escapar, confundiéndose con los demás rankas, pero había olvidado que carecía de la marca de metal que tenían todos.

8

A medida que se aproximaba la hora de su cita con Yarmina, Caronte sentía que perdía la serenidad. Su mente era un cúmulo de confusiones. Había reclutado a otros dos rankas. Con Espartaco eran tres. Bastante, a su entender, para que Jar Simytti los exhibiera como una prueba irrevocable de lo que sucedía en Yunda.

Al mismo tiempo pensaba que lo que podía suceder después en aquel planeta era imprevisible. Recordó que las naves que comerciaban con esclavos acostumbraban a arrojarlos por las esclusas cuando eran sorprendidos por los patrulleros que perseguían este negocio.

¿Serían capaces de hacer algo parecido los yundaitas cuando supieran que eran amenazados por la flota de la Superioridad para escapar del castigo, del que no podrían librarles ni siquiera sus protectores onveritas?

Las dos horas anteriores las había empleado Caronte para convencer, primero a Espartaco y luego a los otros dos que bautizó con los hombres de Rómulo y Remo, de que se dejasen extraer por él la placa identificadora que además, como ya había averiguado, poseía otro fin.

Aquellas pequeñas unidades de metal incrustadas en la frente de cada ranka servían para conocer siempre la situación del que la soportaba, para identificarle por el número que llevaba y, sobre todo, para producirle dolores controlados a distancia mediante un mando que solían llevar los capataces.

Caronte tuvo que valerse únicamente de un diminuto estilete que extrajo del comunicador para llevar a cabo la delicada operación. Espartaco fue el primero y soportó estoicamente todo. Los otros dos temblaron mucho pero superaron la prueba.

—Vais a ser hombres, libres Como aquellos que se escaparon — les dijo Caronte.

Miraba a veces la entrada del cercado, temiendo siempre que aparecieran sus perseguidores. La búsqueda no había acabado.

Escuchaba los ruidos de los grupos, cada vez más numerosos.

Por el momento seguían buscando a un onverita, pero no confiaba en que siguieran así por mucho tiempo. Quien le había descubierto podría acabar diciendo, más cosas acerca de él, incluso que poseía la cualidad de cambiar de aspecto.

Caronte sospechaba que un elemento extraño se había inmiscuido en su aventura, algo que no pudo predecir ni remotamente.

Con su grupo de tres seleccionados se mantenía apartado de los demás rankas del corral. Eran los únicos que seguían despiertos. Incluso en los otros cercados se habían acallado los rumores y gemidos.

Todo parecía en calma excepto los ruidos de los capataces y sus sirvientes:

Era casi medianoche cuando la búsqueda pareció quedar aplazada para el alba, y entonces Caronte, ayudado por sus aliados, se encaramó hasta el borde de la valla y miró en dirección al barracón prohibido. Delante de su puerta había, como siempre, un par de sicarios del amo, armados de látigo y rifle.

Las dudas de Caronte persistían ante la visión del barracón. Un ansia irreprimible le impulsaba a entrar allí y averiguar lo que ocultaba, quiénes eran las mujeres tan celosamente guardadas; pero la sensatez le aconsejaba que prosiguiera con su plan original, ir al encuentro de Yarmina, embarcar a sus tres rankas y largarse cuanto antes de Yunda.

Quizás aquella noche hubiese menos guardias vigilando los barracones que las anteriores. La mayoría de los servidores de Eiwao debían estar agotados tras varias horas de corretear por los alrededores.

Caronte subió hasta el borde de la cerca y ayudó a los demás a salvarla. Remo sufrió un ligero desgarro en la pierna derecha al rozar un pincho de hierro, pero se mordió la lengua y no gritó.

Se deslizaron en silencio a lo largo del vallado. Caronte, siempre en vanguardia, avanzaba rápidamente, deteniéndose solamente el tiempo preciso para dejar que un vigilante pasara delante de ellos y se alejara.

Todo le parecía increíblemente fácil, y llegó a temer un fatal desenlace. Antes de alejarse de aquella propiedad echó un vistazo a la casa del amo. Delante de la entrada había varios vehículos, algunos con las marcas de Onver. Habían llegado, sin duda, más personajes después de que él tuviera que escapar rompiendo la ventana.

Pero no podía perder más minutos en especulaciones. Le quedaba poco tiempo. Yarmina tenía instrucciones concretas de no esperar más de media hora. Caronte no quería involucrarla en aquel asunto de ninguna manera. Después de cuanto había visto no estaba dispuesto a que acabase en un corral de mujeres y convertida en una productora de bebés.

Gracias a la luz de los dos satélites lograron avanzar aprisa. Caronte había recorrido el día antes aquel camino y sabía que a tres kilómetros de distancia existía un claro lo bastante amplio como para que descendiese con facilidad el deslizador.

De pronto captó un olor a madera quemada y enseguida descubrió el resplandor de una hoguera. Luego, las charlas de varios yundaitas.

Caronte maldijo entre dientes su repentina mala suerte. Había un grupo de fatigados buscadores delante de ellos, acampados precisamente por donde tenían que caminar. Sitiaban un rodeo llegarían tarde.

Miró a los tres esclavos. No tenía otro remedio, pensó, que hacer algo que no le gustaba porque podía asustar a sus compañeros de fuga.

—Vosotros ocultaos aquí —les dijo severamente—. No os sorprendáis por lo que vais a ver, ni echéis a correr. Yo voy a intentar que esa gente se largue.

Ellos habían visto ya a los yundaitas y parecían nerviosos, como si dudasen que aquella temeraria aventura pudiera tener un final feliz. Espartaco juró a Caronte que se mantendrían serenos. Los otros asintieron en silencio y Caronte dudó de que no escaparan llenos de miedo.

—Es sólo un disfraz. ¿Entendéis? Será para engañar.

No dijo más. Se alejó unos pasos y se concentró.

Imitar a un ser de mayor corpulencia que él era difícil, pero intentar hacer el prodigio teniendo como modelo a una criatura de

poco más de un metro veinte era una tortura para Caronte. Era como meterse en un cajón en el que sólo podría caber cortado a pedazos.

Caronte padeció dolores lacerantes y sintió que los átomos de su cuerpo rechinaban; protestaban ante aquel proceso.

Pero consiguió caminar como un yundaita al cabo de pocos minutos. Sufriendo a cada paso que daba se acercó a la hoguera. No se molestó en asegurarse que los tres hombres seguían en su escondite. Bastante tenía con mantener el tipo, conservar el disfraz.

Los seres sentados alrededor de la hoguera le vieron acercarse y uno de ellos se levantó para salir a su encuentro. Arrastraba el látigo y le miró suspicazmente.

Caronte se detuvo, sofocó un jadeo y preguntó tratando de parecer indiferente.

—Saludos, compañeros. ¿Qué tal os ha ido?

—Nada, ni rastro de ese onverita loco —replicó el otro.

—Entonces os alegraréis si os digo que el amo quiere que regresemos todos.

—¿Estás seguro? —exclamó, el que parecía ser el jefe del grupo —. No lo entiendo. Nos mandaron aquí hace apenas una hora, para que vigilemos los alrededores hasta que mañana se reanude la búsqueda.

Caronte tragó saliva.

Negó con la cabeza y se le antojó que iba a salirse del cuello.

—No podrá ir muy lejos —dijo con calma, mirando a todos—. Sólo se llevó una máscara. Sin su aire repugnante tendrá que regresar. Así lo han calculado los onveritas llegados desde el Recinto.

—Eso es verdad —sonrió el otro—. Debieron pensarlo antes, ¿no? Nos hubiéramos evitado muchas molestias. En, levantamos el campamento. Regresamos.

Los demás yundaitas recibieron con regocijo la idea de volver a casa. En pocos segundos recogieron sus pertenencias.

—Id vosotros delante —se ofreció Caronte con una sonrisa—. Yo apagaré la hoguera.

Recibió las gracias y vio cómo el grupo se alejaba en dirección a la propiedad. Apenas comprendió que no podía ser visto, se relajó y cayó al suelo.

Fue como salir de un túnel que le aplastaba, una liberación que poco antes se le antojaba inalcanzable.

Caronte resoplaba todavía cuando observó que Espartaco se acercaba vacilante y temblón.

—¿Dónde están los otros? —preguntó al no ver a Remo y Rómulo.

—Se…, se fueron. Salieron corriendo al ver que te convertías en un capataz —susurró Espartaco. Se inclinó y tocó el hombro de Caronte.

—Soy yo, condenación —gruñó Caronte, incorporándose—. No todos los hombres que viven en esas estrellas que ves en el cielo pueden hacer lo que has visto, pero ellos son más poderosos que los yundaitas y los onveritas juntos. Alégrate, a pesar de todo, de pertenecer a la raza humana.

—¿A pesar de todo?

Caronte soltó una carcajada. Flexionó los músculos y siguió caminando después de apagar el fuego.

Dijo a su acompañante:

—No somos tan perfectos como puedes pensar, pero siempre es preferible vivir entre humanos perversos que ser un esclavo. Vamos, aligera el paso.

Llegaron al claro sin más contratiempos. Allí, camuflado entre la arboleda, estaba el deslizador. Caronte conectó el comunicador y dijo a Yarmina que podía salir.

Se abrió la puerta del vehículo, surgió una luz y la figura de Yarmina saltó al suelo, corrió y se echó a los brazos de Caronte.

—¿Ves, Espartaco? —dijo cuando logró separarse de la chica—. Ésta es una mujer libre, mi compañera —se encogió de hombros—. Bueno, no será bueno para tu mente que intentes comprenderlo todo en tan poco tiempo. Ella te llevará al espacio, a otra nave mucho mayor que te conducirá a la Tierra.

Caronte dejó de sonreír cuando vio que Jar Simytti bajaba del deslizador. Miró reprobadoramente a Yarmina.

—Creí haber dejado bien claro que Jar tenía que permanecer cuidando de la nave.

Jar anduvo unos pasos y se detuvo a un metro escaso de Caronte. No parecía muy tranquilo cuando dijo:

—Tenía que decirte algo, Caronte.

—¿Qué ocurre? —preguntó Caronte. Miró a Yarmina. La chica bajó la cabeza.

—Te descubrieron antes de lo previsto porque mi antiguó agente Pujaindi contó al Reino de Onver que tú vendrías a Yunda.

—No debió dejarle marchar.

—Me prometió unos días de silencio. Yo pensé que perdería más de un mes en viajar hasta la Tierra, y otro tanto en que tus tradicionales enemigos se pusieran en marcha. Me equivoqué. Por alguna razón voló hasta aquí y te denunció.

—Ya sospechaba algo parecido —asintió Caronte—. Esos onveritas del Recinto pisaban sobre seguro cuando acusaron a Zluen-Won de espionaje. Pero quien está tirando de los hilos no les dijo que el falso embajador era un humano. ¿Por qué?

—Eso no puedo contestártelo, Caronte —Jar miró a Espartaco—. ¿Sólo uno? Dijiste que serían más.

—Éste es el único valiente que se atrevió a seguirme. Le bastará, señor Simytti.

—Ojalá sea así —suspiró Jar—. ¿Nos vamos?

Caronte necesitó de toda su persuasión para que Espartaco subiese al vehículo. Cuando lo consiguió, dijo a Jar y a Yarmina:

—Ponedlo a buen recaudo en la nave. Voy a permanecer dos días más aquí. Al cabo de cuarenta y ocho horas vuelve por mí, Yarmina.

—¿Te has vuelto loco? —gritó la chica—. Ya has cumplido con tu parte. ¿Qué pretendes ahora?

Jar lo miró ceñudo.

—Esto no es una improvisación, Caronte, sino un disparate. Hemos visto desde el deslizador que te buscan. Has soliviantado a esta gente. Quedarse es como meterse en la guarida de la fiera.

—He modificado mis planes —sonrió Caronte—. Considere, señor Simytti, que le hago un regalo.

—No tendrás tan buena suerte dos veces —rezongó Jar—. No, no puedo permitir que te arriesgues. Te necesito para que hagas hablar a ese salvaje.

—Se llama Espartaco y, desde luego, no es ningún salvaje. A pesar de que hace mucho tiempo que sus antepasados llegaron a este planeta, ha ido recibiendo una educación somera y posee ciertos conocimientos. Sólo el condicionamiento que le practicaron

le convirtió en un ser sumiso y algo torpe. Estoy seguro de que los miles de rankas que sirven a los yundaitas podrían convertirse en ciudadanos normales con muy poco esfuerzo.

—Está bien, pero de todas formas insisto en que no te quedes un minuto más —dijo Jar—. ¿Has grabado bastantes pruebas en el comunicador?

—Así es —Caronte le arrojó el pequeño dispositivo que Jar recogió en el aire—. Si juegas bien tus cartas estarás de vuelta antes de un mes y respaldado por la flota de la Superioridad.

—Sabré vencer a quienes han estado impidiendo que viniera aquí, Caronte.

—Esa gente sabía lo que pasaba en Yunda, Jar.

—Lo creo así. Es repugnante. ¿Consentían la triste situación de estos humanos por no perder el negocio de las gemas? Por el diablo, no la habrían perdido aunque hubiesen sacado a todos los rankas de Yunda.

—Quizás existan otras razones —dijo Caronte—. En estos dos días pienso descubrirlo.

Jar lo miró torvamente.

—¿Es tu único motivo?

Caronte tardó en responder:

—Sí.

—Yo volveré a buscarte dentro de dos días.

—Dije que lo hiciera Yarmina.

—El ranka se sentirá más confiado con ella que conmigo.

—De acuerdo, ven tú, pero márchate de una vez.

Yarmina agitó la cabeza. Sabía que no podría convencer a Caronte para que se marchase con ella. Sacó de la funda su pistola y se la entregó.

—Te hará falta. No confíes demasiado en tus poderes.

—Te juro que no volveré a ser un yundaita en mi vida, y convertirme de nuevo en un onverita no sería rentable.

La besó y empujó en las nalgas para que subiese al deslizador.

Retrocedió unos pasos y quedóse quieto hasta que el deslizador se elevó silenciosamente. A los pocos instantes se había perdido entre las nubes que iban cubriendo el cielo y ya ocultaban las lunas.

Aquella oscuridad le favorecería, pensó Caronte. Mientras caminaba algo apartado del sendero pensaba en lo que debía hacer

a continuación. Se entretuvo un momento en recoger algo de resina de un árbol. La utilizó cómo pegamento para sujetarse a la frente el pequeño disco de metal que quitara a Espartaco en el corral. Luego tiró los otros dos. Al acordarse de Remo y Rómulo los maldijo por su cobardía, aunque enseguida convino que debía ser benévolo con ellos. Arrastraban demasiados años de sumisión sobre sus espaldas para exigirles heroicidades.

Confiaba que las cosas estuvieran más calmadas al día siguiente en la propiedad del consejero Eiwao. Quizá se usaran a casi todos los guardianes en formar partidas de caza y la vigilancia decreciera. Quería entrar en el barracón de las mujeres primero, y también en el otro donde se tallaban las gemas que llevaban allí apenas las extraían de las lagunas.

Aún faltaban varias horas para que saliera el sol y pensó que debería encontrar un lugar seguro donde dormir un poco. Necesitaba descanso y comer. Sentía hambre y sed.

Encontró un riachuelo y bebió hasta hartarse. Buscó algunos frutos pero no se decidió por ninguno por temor a que le sentaran mal.

A poca distancia había unos montes y ascendió al más próximo. Desde aquella altura dominaba la propiedad que se extendía por buena parte del valle. El cielo se había despejado y las lunas volvían a ser una impresionante, fuente de luz que le permitía observar el panorama.

Al cabo de un rato se le cerraron los ojos y se quedó dormido, amartillando la pistola con la mano derecha.

9

Sailae entró en el despacho de Eiwao cuando éste procedía a seleccionar las gemas.

El viejo yundaita alzó la cabeza y miró con furia a su incómodo huésped. Tras los altercados de aquel día había pensado que Sailae retornaría a la ciudad, seguramente ansioso por informar al Consejo de lo que sucedía en el valle, pero éste le dijo que prefería quedarse para conocer lo que sucedería más tarde y él no tuvo otra alternativa que mostrarse educado y ofrecerle una habitación.

—Debiste llamar —le censuró agriamente.

—Oh, lo siento —Sailae se sentó frente a él y bajó la mirada hasta las gemas que formaban montones sobre un paño de gamuza —. No tenía sueño y pensé que podías invitarme a una copa.

—Llamaré a un ranka para que te la traiga. O, mejor, que te la lleve a tu cuarto. Pienso que mañana querrás participar en la cacería. Te aconsejo que duermas estas pocas horas que faltan para el amanecer.

—De ninguna manera pienso participar. Me horroriza la proximidad de los onveritas; no soporto su olor.

Eiwao miró fijamente al otro.

—¿Qué sabes tú realmente de todo cuanto pasa?

—Casi nada. Esta mañana me llamó el jefe desde el Consejo para decirme que varios onveritas habían salido del Recinto para interrogar al embajador que yo alojaba en mi casa. Le dije que estaba en tu propiedad y él me rogó que acompañase a los de Onver hasta aquí y luego le informase de todo.

—Entonces deberías regresar lo antes posible a la ciudad. Nuestro jefe estará impaciente esperando tus noticias.

—Prefiero tener más datos. Aguardaré aquí el regreso de las partidas de caza, con el falso Zluen-Won o su cabeza. Por supuesto sólo podrán encontrar su cadáver, ya que su provisión de aire se le

habrá acabado.

—¿Qué hacen ahora los onveritas que llegaron contigo?

—Discuten o duermen en su vehículo acondicionado. Están verdaderamente furiosos.

—Es curioso cómo supieron de pronto que se les había colado un compatriota suyo usurpando a un viejo embajador.

Sailae arrugó el hocico.

—Yo creo que fue una advertencia del exterior lo que les puso en guardia. El oficial del Recinto que recibió al espía se había limitado a solicitar información complementaria a Onver de forma tímida. La respuesta habría tardado días, semanas tal vez.

—¿Quieres decir que el espía procedía de un mundo que no es Onver?

—Algo parecido.

—¡Tonterías! La raza onverita sólo habita en Onver.

—Quizá se trate de un renegado.

—No lo creo.

—Entonces sólo cabe la explicación de que es un humano o un humanoide disfrazado.

—Los disfraces son imperfectos. Quien lo usara no podría mantenerlo incólume durante muchas horas.

—¿Qué sabemos nosotros del exterior, mi querido Sailae? Repudiamos todo lo que viene de fuera, nos horroriza el contacto de seres extraños a nosotros, incluso los onveritas nos repugnan, y, sin embargo, apreciamos sus mercaderías, y para obtenerlas comerciamos con nuestras preciadas gemas.

Sailae tomó una del montón más próximo y la observó a través de una lupa qué mantenía torpemente agarrada. La gema sujetada entre sus dedos gordos parecía brillar con menos intensidad.

—¡Qué belleza! —exclamó admirativamente, sincero—. Últimamente las gemas que salen de tus talleres son las más hermosas. ¿Cómo lo consigues? Ah, otro de tus secretos. No deberías ser tan reservado y compartir con los demás tus descubrimientos, como por ejemplo esos lindos críos que nacieron hace un año. ¿Cuándo me venderás algunos?

—No por el momento —replicó Eiwao recuperando la gema y devolviéndola al montón en el que había seleccionado las mejores.

—Dicen que los ojos de los seres de otras razas aprecian mejor

que los nuestros la perfección de las tallas, el fulgor de las gemas escapándose por ellas. ¿Será cierto? No deberíamos hacer caso a estos rumores porque son vejatorios para nosotros.

—Yo los creo. No todos los seres poseen la misma visión.

—Tú no eres partidario de un mayor acercamiento con el exterior. Es curioso que digas esto.

—En cambio tu propugnas en tu política un expansionismo absurdo, incluso que los yundaitas salgan al exterior, viajen y contacten con otras razas sin el concurso de los onveritas.

Sailae lanzó un suspiro.

—Tarde o temprano tendremos que prescindir de la protección del Reino de Onver, valemos por nosotros mismos, tener nuestras naves y avanzar.

—Eres un crío, Sailae —sonrió Eiwao con amargura—. No sabes lo que dices. Estamos condenados a vivir en total aislamiento.

—¿Por qué?

—Si queremos que nuestra forma de vida continúe, así debe ser. Pobre Yunda, pobres de nosotros el día que tú presidas el Consejo.

—Si esa perspectiva te asusta sabes que sólo tú puedes impedirme mi ascensión.

—Y no quiero, de ninguna manera, presidirlo. Hazlo tú pero déjame en paz.

Sailae se inclinó sobre la mesa y entornó sus redondos ojos.

—¿Es un chantaje? ¿A cambio de tu renuncia al cargo me propones que cuando yo sea quien mande me olvide de qué vulneras la ley?

A Eiwao le temblaron las extremidades. Simuló prestar atención a unas gemas y preguntó sin alzar la mirada:

—¿Qué sabes? Dímelo o lárgate a dormir. No me asustas.

—Hace algún tiempo mis hombres descubrieron no lejos de este valle los restos de una nave que no pertenecían a los modelos de Onver. ¿Qué hiciste con sus pasajeros? Calculamos que debían viajar más de doscientos seres, y no todos murieron. La mayoría debió salvarse. ¿Qué pasó con ellos?

Eiwao gruñó:

—¿Cómo puedo saberlo?

—Quizá todo eso tenga algo que ver con la mejora de tus rankas, con la perfección adquirida en poco tiempo en la talla de las gemas

que salen de tus talleres. Las fechas coinciden. Tú, como consejero, el decano de todos, estás obligado a conocer mejor que nadie las leyes. Y sabes cual sería el castigo para quien las vulnera.

—¡Cállate! —exclamó Eiwao. Se levantó de la silla y sus ojos brillaron de ira—. Por una sola vez te diré, idiota Sailae, que sin los rankas, sin su trabajo, la civilización yundaita desaparecía. Desde hace dos siglos estamos demasiado ligados a esas bestias, y desde hace pocos años, a raíz del incremento en las ventas de las gemas, condenados a depender de ellos. ¿Debo extenderme más?

Sailae se levantó de un brinco. Agitó su capa y anduvo unos pasos de espaldas a la puerta.

—No. Me marcho —dijo roncamente—. Pero no olvides que estás en un aprieto. Yo sólo necesito ir a la ciudad y exigir al Consejo una orden de registro de tu propiedad para defenestrarte, y lo haré si no me das garantías suficientes, como por ejemplo que no te interferirás en mi proclamación y me entregarás tus mejores ejemplares rankas y los más hábiles talladores que trabajan en tu talleres.

Eiwao resopló. Estaba demasiado irritado para responder a su colega. Se limitó a seguirle con la mirada hasta que desapareció tras la puerta, la que cerró de un golpe.

A solas pensó en muchas cosas, hasta dolerle la cabeza. Abrió un cajón de su mesa y contempló la pistola, de gran culata, que podía amartillar con sus grandes dedos. Deseó que Sailae no le obligase a usarla. Odiaba la violencia.

10

Caronte se tiró al suelo cuando vio el grupo de sombras que se dirigía hacia el barracón.

Hacía un buen rato que las partidas de caza habían salido de la propiedad y él se deslizó sigilosamente entre los corrales en dirección a la parte más vigilada. Aquel día los rankas no iban a ser enviados a los campos de cultivo ni a los demás trabajos cotidianos.

Como medida de precaución el amo debió haber decretado un obligado descanso.

La llegada de varios hombres vestidos, cuando todos los rankas iban generalmente desnudos, sorprendió a Caronte. Eran unos ocho o nueve y estaban armados de cuchillos y garrotes. Alcanzaron la entrada del barracón y sólo necesitaron unos segundos para sorprender a los dos yundaitas que lo custodiaban y degollarlos.

La estrella amarilla de Yunda seguía alzándose lentamente cuando él optó por aproximarse, llegó hasta una ventaja enrejada y miró a través de los sucios cristales.

Un agujero en el vidrio le permitió escuchar, además de ver, lo que sucedía.

Veía cómo los hombres se abrazaban a las mujeres que eran prisioneras en el barracón. Lloraban casi todos, como si celebrasen un encuentro después de mucho tiempo sin verse.

Oyó que un hombre barbudo, después de apartarse de una mujer casi desnuda a la que continuó agarrándola por la cintura, decía a los demás:

—Será difícil burlar las patrullas que andan por ahí buscándonos, pero conseguiremos nuestros propósitos si nos jugamos el todo por el todo. La única solución es tomar por asalto el Recinto de los onveritas y apoderarnos de una de sus naves.

—Louis, no podemos marcharnos sin las chicas y sus bebés — protestó una mujer.

Otros afirmaron.

El llamado Louis se mordió los labios y se volvió para mirarla.

—Nuestras posibilidades son mínimas, June. Sólo contamos con tres armas de fuego y dos láseres. ¿Cuánto tiempo tardaríamos en rescatarlas? Para entonces las partidas habrían regresado y nos tendrían cortados todos los caminos. Debemos partir ahora mismo para estar cerca de la ciudad al anochecer. Quiero entrar en el Recinto a primera hora. Si perdemos el factor sorpresa estaremos perdidos todos.

Un hombre se adelantó y dijo:

—Louis tiene razón. Lo siento. Llevamos casi tres años vagando por los montes. Ya nos capturaron una vez y pudimos escaparnos. Estas dos semanas de libertad nos han hecho más prudentes.

—Más egoístas, querrás decir —escupió June—. Me dais náuseas. ¿Cómo sois capaces de dejar entre estos salvajes a los hijos que han sido obligados a nacer para ser convertidos en bestias, en sementales o en madres que no desearán serlo?

—Vámonos —dijo Louis dirigiéndose hacia la puerta.

Allí había dos hombres a los que él les ordenó que vigilasen el exterior, pero la discusión les había distraído. Supieron de la llegada del desconocido cuando fueron empujados contra Louis, quien no podía dar crédito a lo qué veía, a un hombre desnudo y algo mayor que le apuntaba con un moderno láser, mucho más poderoso que los suyos arrebatados a los yundaitas.

—Supongo que podemos perder unos minutos para hablar antes de seguir adelante con vuestro disparatado plan, amigos —dijo Caronte.

—Tu no eres un náufrago… ¿Quién eres?

Caronte no respondió. Empezó a mirar las caras de las mujeres. No terminó de hacerlo. Una de ellas se adelantó y corrió hacia él, echándole los brazos al cuello al tiempo que lloraba y gritaba:

—¡Padre, padre! Dios, al fin has venido. Sabía que estarías buscándome, lo sabía.

Caronte bajó el láser. Podía sentirse tranquilo ahora. Acarició con su mano libre la espalda de la chica, la besó paternalmente en la frente y le dijo:

—Kraina, Kraina. Bendita seas.

Pensó que su representación era la adecuada por el momento. Se

alegró de tener tan buena memoria y saber convertirse en Jar Simytti.

—Al principio los yundaitas nos recibieron como a seres civilizados, pero cuando descubrimos que ellos mantenían a humanos en condiciones miserables, tratándolos como a bestias, arrojaron sus máscaras. El perro de Eiwao nos encerró y estuvimos así muchos meses, sin que otros compatriotas suyos nos vieran. Hace poco los hombres que sobrevivíamos logramos escaparnos, antes de que llevase a cabo el amo su segundo plan de perfeccionar la raza ranka, como solía decir el muy hijo de puta.

Caronte cortó con un gesto las explicaciones de Louis, el cabecilla de los hombres. Le dijo que siguiera adelante y mantuviera al grupo muy adentro del bosque, mientras él volvía a la propiedad. No quiso decirle más, ni tampoco prestó atención a las insistentes solicitudes de June para que rescatase a las seis mujeres que criaban a otros tantos bebés.

Lo que no consiguió fue que Kraina siguiera con los demás. A regañadientes, para no perder más tiempo, la dejó que le siguiera.

—Quiero echar un vistazo en la barraca que usan como taller.

—¿Estás loco? ¿Es que ni en esta situación olvidas tu afán de sacar algún beneficio?

Para Caronte fue una revelación las palabras de Kraina. Comprendió que ella no se había llevado muy bien con su padre antes de embarcarse en una nave que la conduciría a Yunda. Quizás había roto con él violentamente, tras una discusión.

Pero los problemas familiares de los Simytti no le importaban. Ya tenía conseguido uno de sus dos propósitos. Kraina estaba con él. Significaba una buena suma que sacaría a Jar. Pero le quedaba por descubrir el secreto de la talla de las gemas. ¿Por qué marcharse sin averiguarlo?

Le interesaba no volver a reunirse con el grupo, sino que éste fuera descubierto y le dejase el camino expedito para volver al claro y esperar el regreso del deslizador. El plan de Louis de asaltar el Recinto era un disparate.

Ni un pequeño ejército sería capaz de hacerlo. En el Recinto había bastantes soldados onveritas como para resistir un ataque

organizado y llevado a cabo por profesionales. Para ellos la fuerza de los fugitivos equivaldría a la de un insecto.

—Si no quieres volver conviene que te mantengas callada —dijo con acritud.

—¡Siempre serás el mismo, no cambiarás! Cuando te vi aparecer pensé que estos años te habían cambiado.

—No dejé de buscarte y me gasté muchos millones para averiguar que estabas aquí. ¿Te basta eso?

Le indicó que se callase. Tenían cerca al yundaita que protegía la entrada del taller. Caronte lo liquidó de una certera cuchillada en el cuello.

Al volverse vio el gesto de horror de su hija. Debía ser una novedad para ella la habilidad de su padre para matar usando un afilado cuchillo, el mismo que le había prestado Louis.

Un disparo de láser destrozó la cerradura y un puntapié sirvió para echar a un lado la puerta.

Dentro del taller trabajaban varios humanos. No interrumpieron su labor cuando entraron. Caronte oyó gemir a Kraina.

—¿Qué ocurre? —le preguntó en voz baja.

—Tres de esos hombres eran pasajeros, compañeros míos de viaje; los recuerdo.

Caronte los miró. Los tres individuos tallaban las gemas que tenían sujetas en sus atriles. Usaban un diminuto láser para ello, movían ágilmente sus manos, sus dedos adiestrados.

—Era lógico que esos torpes yundaitas fueran incapaces de obtener unos trabajos tan excelentes con sus zarpas —dijo Caronte.

Vio que Kraina se acercaba a los antiguos pasajeros y los llamaba por sus nombres. Ninguno de los tres levantó la cabeza para mirarla. Caronte comprendió que su condicionamiento era mucho más fuerte que en los rankas que trabajaban en los campos o en la limpieza de las dependencias de la propiedad. Todos lucían discos de metal en la frente.

—Es inútil, hija. No te harán caso.

Había más talladores allí, en total unos veinte entre hombres y mujeres. Excepto los tres antiguos compañeros de Kraina, el resto eran rankas nacidos en Yunda, y pese a ello tan expertos en tallar gemas como los náufragos.

—Tenemos que llevarlos —dijo Kraina.

—Ni lo pienses. No se moverían de sus asientos ni dándoles patadas. Es hora de marcharnos.

—¿Para qué has venido aquí? ¿A robar?

—No me interesan esas gemas a medio tallar —se rió Caronte—. Sólo quería convencerme de que no estaba equivocado en ciertas ideas que me había hecho. Ahora lo comprendo todo, y pienso que tu pobre padre no lo tendrá muy claro cuando llegue a la Tierra y denuncie a la Superioridad lo que pasa en Yunda.

Aunque había hablado refiriéndose al verdadero Jar, Kraina debió pensar que hablaba por sí mismo. La intención de su padre por luchar para liberar a todos los humanos de Yunda pareció reconfortarla y dejó de mirarle con desdén, sobre todo cuando salieron del taller sin que se hubiera apoderado de una sola gema.

—Volverás por ellos, ¿verdad? —preguntó cuando pasaron cerca de un corral del que salían voces de protesta de los humanos. La ausencia de cuidadores debía haberles privado aún de su desayuno.

—Claro, claro —asintió Caronte, ausente.

—Eh, éste no es el camino. Vamos en dirección contraria.

—Daremos un rodeo para reunimos con los demás.

—¿Qué demonios te pasa? Te comportas como si no fueras mi padre. Yo…

Caronte no quiso discutir más. Calculó la potencia de su puño y golpeó a la chica en la mandíbula. La tomó entre sus brazos antes de que cayera al suelo y se la cargó al hombro.

—Así iremos más deprisa —gruñó—. Estaremos más seguros ocultos cerca del calvero que corriendo al lado de ese loco de Louis y sus planes infantiles. Mañana al anochecer estarás con tu verdadero padre, diablillo.

11

No todas las especies de aquel río eran comestibles, pero Caronte pescó unas truchas que se dedicaba a limpiar con su cuchillo cuando Kraina volvió en sí.

—Espero que puedas comértelo crudo —le sonrió—. Sería una imprudencia encender un fuego. También tienes algunos frutos.

Kraina se quedó sentada y el hombre la dedicó unos instantes para contemplarla. Era una chica bonita, atractiva. No poseía la sensualidad de Yarmina, pensó, pero quizá fuera tan apasionada como ella.

—¿Quién es usted? —preguntó Kraina—. ¿Dónde está mi padre?

Caronte, bajo su verdadero aspecto, se encogió de hombros. Ya tenía pensada la respuesta.

—Volverá mañana. Mi nombre es Caronte y trabajo para él. Me encargó que te cuidara hasta su regreso.

—¿A dónde ha ido?

—Te bastará saber que vendrá con un deslizador que nos sacará de aquí.

Ella se arrodilló y abrió los ojos.

—¿Sin mis compañeros?

—Aja. En el deslizador no caben más de seis personas.

—¡Pero ellos nos esperaban!

—Tendrán que esperar un poco más.

—¡Serán capturados!

—Entonces esperarán en un corral a que sean rescatados. ¿Por qué no confías en fu padre? Piensa que él andará los pasos para que todos los humanos de Yunda sean liberados.

Caronte meditó sobre su suplantación de Jar Simytti. Si tomó su apariencia fue para que Kraina se identificara enseguida, pero pensaba ahora si había hecho lo más conveniente.

Mientras ella yacía inconsciente decidió recuperar su

personalidad, pensando que no sabría mantener por mucho tiempo el engaño, incapaz de soportar los interrogativos de su hija.

Tendió a la chica un trozo de carne de pescado. Ella apartó la cabeza.

—Ni siquiera los yundaitas nos daban la comida cruda.

—Entonces come fruta. Yo estoy hambriento —dijo Caronte. Mordió el trozo de pescado y le pareció buenos Estaremos aquí hasta la mañana. Es un buen lugar para estar escondidos. La patrulla de yundaitas que pasó más cerca lo hizo a casi quinientos metros. No son buenos rastreadores. Ahora comprendo cómo los hombres fueron capaces de andar por ahí tanto tiempo. Necesitarían perros rastreadores, aunque ellos lo parezcan. Pero no tienen olfato.

A Kraina no le hizo gracia su ocurrencia y mordisqueó algunas frutas. Miró al hombre con enfado.

—¿Es la moda andar desnudo por ahí?

—¿Te molesta?

—En absoluto, pero me chocó que mi padre apareciera así.

—En caso de peligro uno podía saltar a un corral y confundirse con los demás rankas. Dime, Kraina, ¿estás embarazada?

—Oh, no. ¿Por qué lo preguntas?

—El viejo Eiwao me habló de que tenía unas estupendas hembras para fecundarlas —la miró lascivamente—. Seguramente se refería a ti. No estás mal del todo.

—¿Cómo te lo dijo el amo Eiwao?

Caronte deglutió. Se había distraído y cometido una torpeza.

—Olvídalo. Daré una vuelta. Me parece que las patrullas se han cansado y están regresando.

—Eres muy extraño. Todo el mundo se comporta ahora de forma extraña, incluso mi padre.

Con la salida del sol la irritación de Caronte había llegado a su punto álgido. Paseaba inquieto delante de Kraina, echando miradas intermitentes al calvero que dominaba desde su escondite.

—Dijiste que mi padre volvería con un deslizador. Ya han pasado varias horas. ¿Qué ocurre? —preguntó la chica—. Además, no comprendo cómo se marchó para volver un día y pico después. Debió irse a bordo de algo, ¿no?

Caronte siguió dándole la espalda y no respondió.

Ella se acercó a él.

—¿Por qué no me contestas? No entiendo nada.

—Ten paciencia. Esperaremos un poco más.

—¿Y luego? ¿Qué piensas hacer después? ¿Reunirte con los demás?

—Eso sería lo último, encanto. No me atrae la idea de protagonizar un estúpido asalto al Recinto de Onver.

—Eres…

Kraina no concluyó el insulto que pensaba dirigir a Caronte. Alzó la mirada al percibir el resplandor tenue del deslizador que descendía de las nubes, silencioso y lento.

Caronte lanzó un suspiro.

—Mejor tarde que nunca —dijo—. Chica, pronto podrás abrazar a tu padre.

—Ya lo hice antes.

—Es verdad —se rió Caronte.

La tomó de una mano y ambos descendieron la colina y se dirigieron al calvero, sobre el que bajaba el deslizador. Afortunadamente no había visto ningún rastro de yundaitas desde hacía horas.

Caronte estaba eufórico. Pronto iba a terminar aquella pesadilla. Pensó en Yarmina. Deseaba tenerla en sus brazos y hacerle el amor. Miró a Kraina de soslayo. Se rió en silencio. Si la espera hubiera durado un poco más la habría tirado de espaldas sobre la hierba. Sabía cómo sujetar a una mujer para que no se le resistiese los primeros instantes. Luego ella sería la más activa en el juego.

El deslizador acabó posándose en el claro y ambos corrieron hacia él, Caronte el primero. Se detuvo a pocos pasos de la compuerta y aguardó. Se preguntaba cómo iba a reaccionar Jar Simytti al ver su hija. Iba a ser un buen momento para él. El magnate podría morir de la impresión, pensó irónico, no deseándolo porque se dijo que un muerto no podía firmar un cheque.

Se abrió la compuerta y Caronte alzó una mano para saludar a Simytti. Tenía pensada una frase para presentarle a Kraina. No llegó a pronunciarla.

Cinco hombres se abalanzaron sobre él. Eran fuertes y supieron servirse de la sorpresa para inmovilizarle. Entre cuatro le sujetaron,

mientras el quinto le acercaba un objeto delgado y frío al cuello.

Caronte había perdido la pistola que sostenía en una mano. Un certero golpe le hizo soltarla. Giró la cabeza a un lado y otro. Vio un rostro contraído, se fijó en los uniformes oscuros de los hombres. Empezó a sentir un frío gélido en la sangre.

—¡Huye, Kraina! —pudo gritar antes de que su garganta se congelara.

Pero el hombre que le había aplicado la aguja en el cuello había saltado sobre ella y la tenía sujeta de una mano.

Mientras se sumía en sombras cada vez más densas, Caronte se resistía a dar crédito a que aquellos hombres eran soldados de la Superioridad.

—¿No va a preguntarme dónde está? —El hombre sonrió burlón. Agitó las manos para animar a Caronte—. Es lo acostumbrado, ¿no?

A través de sus párpados semiabiertos, Caronte vio a un hombre enjuto, de tez morena. Formaba una sonrisa forzada, se le pronunciaban las arrugas en las mejillas.

—Dígamelo —dijo Caronte. Se asustó al oírse hablar de forma tan gutural—. Está deseando sorprenderme. Empiece diciéndome su nombre.

—Pujaindi.

—Me suena —Caronte se incorporó del lecho y se quedó sentado en el borde de la estrecha cama—. Ah, sí. El último y fiel servidor de Jar Simytti.

—Está en una nave de la Superioridad, Caronte. Describimos una órbita alrededor de Yunda, y este vehículo permanece conectado con el de Jar Simytti.

—Sigo sin entender nada —Caronte hizo intención de levantarse. Pujaindi retrocedió un paso y en su mano derecha apareció un pequeño láser.

—Ni un paso, Caronte. No le mataría, pero le dejaría manco o cojo. Prometí a Lord Wunjaal que le entregaría vivo.

—Vaya servidores se buscó Simytti —dijo Caronte con desprecio —. Se dio prisa para vender a su antiguo jefe, Pujaindi.

—Nada de eso. Di al señor Simytti siete días de plazo. Yo juego limpio, Caronte. Sabía desde hacía tiempo dónde se escondía usted

y mantuve cerrada la boca. Incluso aconsejé a Simytti que le contratara para buscar a Kraina. En Paralda me despedí después de advertir que al cabo de una semana contaría todo a la Superioridad.

—Absurdo. Jar le hubiera pagado bien su silencio.

—Como dije al señor Simytti, a partir de entonces me preocupaba mi vida. Yo era el único agente que le quedaba. Gente poderosa había firmado mi sentencia de muerte por haberle ayudado. No tenía otra alternativa para ganarme su perdón.

—Pero Simytti pensó que usted viajaría a la Tierra.

—Sí, el viejo creyó que tendría semanas por delante. Pero yo viajé a la capital del Sector Antariano y me entrevisté con Lord Wunjaal. El Gobernador tenía medios para comunicarse instantáneamente con la Superioridad y recibir la contestación en pocas horas.

Caronte soltó una carcajada.

Pujaindi lo miró con recelo.

—¿De qué se ríe?

—Otro que no fuera yo estaría pensado ahora que Yunda ha sido invadido por las fuerzas de la Superioridad con el fin de acabar con la esclavitud de los humanos.

—En cierto modo se han liberado los esclavos, aunque la liberación se ha limitado a los que naufragaron. Caronte, no ha existido ninguna invasión, como piensa. Los onveritas autorizaron a que tropas de la Superioridad bajaran al Recinto y explorasen el valle de ese consejero llamado Eiwao.

Un grupo de hombres y mujeres fueron capturados por ellos, exactamente hace treinta y seis horas. Al mismo tiempo, una nave abordó la de Simytti, en el momento justo en que él iba a partir hacia la superficie del planeta en un deslizador a recogerle en el claro.

Ese deslizador fue usado para capturarle a usted. Por cierto, me llevé una sorpresa al ver que había encontrado a la hija de Simytti. Me descubro ante su eficiencia, Caronte.

—¿Qué ha sido de los náufragos?

—Tal como se había pactado, serán llevados a sus mundos de origen. Louis, como jefe de ellos, ha aceptado las condiciones.

—¿A qué pacto se refiere? ¿Cuáles son esas condiciones?

—Demasiadas preguntas. ¿No quiere saber dónde está Kraina?

—Por supuesto. Había una chica en la nave.

—Yarmina. Su compañera está perfectamente y le será permitido marcharse.

—¿A quién me entregará usted?

—Fuera de esta habitación nos espera Lord Wunjaal. Le acompañan Simytti, Kraina y Yarmina. La representación está a punto de concluir, Caronte. Caerá el telón en breve y usted dejará de ser el protagonista de la obra. Pasará a ser un comparsa. Hay mucha gente ansiosa por despedazarle.

Caronte se levantó pausadamente. No quiso hacer ningún movimiento que pudiera poner nervioso a Pujaindi.

—Está bien. Debo aceptar mi derrota. Lo que no entiendo es cómo Onver toleró la presencia de humanos de la Superioridad en Yunda, ni que los nativos de este planeta permitieron que los soldados actuaran libremente. ¿Cómo consintieron en que se llevaran a todos los náufragos que ocultaba Eiwao? Ese viejo estará llorando por la pérdida de sus mejores talladores.

—Tanto los onveritas como los yundaitas tuvieron que rendirse ante la realidad. Son los grandes intereses que existen los motivos que influyeron.

—No puedo creer que la Superioridad deje libre a Jar Simytti.

—¿Por qué no?

—Sabe demasiado.

—Sigue tan desconfiado. Venga, Caronte. Se convencerá de muchas cosas. Simytti le dirá personalmente la verdad.

Caronte avanzó hacia la salida. Pujaindi se acercó a la puerta y empezó a abrirla sin dejar de mirar ni de apuntar al prisionero.

Pujaindi había oído rumores acerca de Caronte, de su extraordinaria facultad de transformarse. Nada sabía, con certeza, ignoraba cómo lo hacía. Quizá pensó que requería tiempo para el cambio. Supo que estaba equivocado algo tarde. De pronto Caronte no estaba a su lado, sino un monstruo enorme, de piel corrosiva y aspecto repugnante.

Pujaindi chilló y fue incapaz de disparar su arma. Un tentáculo le apretó la muñeca y se la rompió. El monstruo que tenía enfrente tembló, surgió un brazo de una masa correosa de carne y un puño de acero golpeó su mandíbula.

La visión horrible se empequeñeció, vibró y se transformó en

Caronte que jadeaba, agotado por el esfuerzo realizado.

Se aseguró de que Pujaindi no recobraría el conocimiento en bastante tiempo y empezó a desnudarlo.

12

Lord Wunjaal giró la cabeza al oír que se abría la puerta.

Ante la aparición de Pujaindi, Yarmina agitó los puños. Jar Simytti apretó los labios y su hija permaneció indiferente.

—Sigue inconsciente, señor —dijo Pujaindi—. Tardará en despertar. Me temo que varias horas.

—Ordenaré que sea doblada la guarda ante la celda —contestó el Gobernador. Miro a Jar—. Usted, señor Simytti, puede trasladarse a su nave y marcharse. Como verá, mi ayuda, aunque tardía, ha sido conveniente para sus intereses.

Jar enrojeció y bajó la cabeza. Señaló a Yarmina con un gesto.

—¿Y ella?

—Quizá sea una estupidez dejarla marchar —Wunjaal se encogió de hombros—. Podría contarnos muchas cosas de Caronte.

—Me prometió que la dejaría libre.

—Y cumpliré mi palabra. Llévesela.

—Lo último que haría en mi vida sería marcharme con usted, cerdo —escupió Yarmina.

—No seas tonta, preciosa —rió Pujaindi—. Vendrás con nosotros —se volvió hacia Simytti—. Supongo que no le importará tenerme como pasajero, señor. La nave del Gobernador irá primero a la capital del Sector y luego viajará a varios planetas para ir dejando a los supervivientes del naufragio. Yo prefiero volar directamente a la Tierra, y en su nave hay sitio de sobra.

—Vamos, Jar, diga que sí —exclamó Yarmina—. Humíllese más, húndase en el fango. Conviva con el hombre que le ha descubierto como realmente es.

Kraina pareció salir bruscamente de su letargo y preguntó a Yarmina:

—¿Qué estás insinuando? Mi padre ha sido siempre muy

especial. Su carácter y reacciones son imprevisibles. A algunos puede parecerles un tipo de carácter, pero en el fondo es débil, flexible. Sin embargo, no te comprendo.

—No le hagas caso —dijo Jar—. Está desvariando porque su amante será llevado a la Tierra. Allí no se le hará ningún daño. Se limitarán a estudiarle y…

—¡Nada de eso, Simytti! —gritó Yarmina—. Kraina, tu padre cedió a las presiones de la Superioridad cuando los soldados abordaron la nave. El poderoso Gobernador del Sector Antariano le hizo unas propuestas que aceptó casi inmediatamente. A cambio de su silencio se liberaría a los náufragos y tú podrías marcharte con él. La Superioridad se reservaría a Caronte y la continuidad del comercio de las gemas de Yunda.

Kraina se plantó delante de su padre.

—¿Es eso cierto? —le preguntó.

Jar giró la cabeza.

—No tenía otra solución.

—¿Las mujeres que parieron seguirán siendo rankas?

Pujaindi soltó una carcajada.

—Claro que sí. Y los expertos talladores que condicionaron, así como varios de los náufragos, permanecerán de por vida en los talleres, trabajando las gemas hasta que se mueran. Ciertas personalidades de la Tierra respirarán aliviadas al saber que seguirán recibiendo partidas de gemas a través de los onveritas. En Yunda todo seguirá casi igual por muchos años. Los yundaitas no perderán a sus bestias humanas para que les hagan la vida fácil.

—¡No se meta en esto, Pujaindi! —bramó Jar.

—Usted aseguró que volvería del revés todo, hasta conseguir que la situación repugnante de Yunda acabase.

—¿Lo hiciste, padre? —inquirió Kraina.

—No sea cruel con su padre, señorita —intervino Wunjaal—. De alguna manera ha intentando salvar a algunos. Por ejemplo, en su nave está el ranka que pretendía llevarse a la Tierra como testigo. Se lo dejaremos como mascota —terminó riendo.

Pujaindi se acercó a Kraina y Yarmina. Ambas mujeres parecían unidas por extraños lazos. Tenían en común la rabia que sentían por todo aquello, por la actitud de Jar y el horror que les producía saber que en Yunda los rankas seguirían siendo seres inferiores al servicio

de una comunidad incivilizada.

—¿Por qué no vienen conmigo a la otra nave? Mientras esperamos allí al señor Simytti podrían distraer a Espartaco.

Yarmina tenía baja la cabeza. Al sentir la mano de Pujaindi sobre la suya la apartó violentamente. Pero al alzar la mirada se encontró con los ojos de aquel hombre y empezó a esbozar una sonrisa que procuró desapareciera enseguida de sus labios.

—Ven, Kraina —dijo—. En la otra nave respiraremos mejor. El aire de ésta me parece demasiado contaminado.

La hija de Jar pareció que iba a negarse, pero de pronto cambió de expresión iracunda, asintió y dijo:

—Sí; os acompaño. Espartaco. Es bonito y extraño el nombre que Caronte puso a ese muchacho.

Wunjaal se acercó a una mesa y llenó dos copas. Se encogió de hombros después de que salieran Pujaindi y las dos muchachas.

—¿Un trago, señor Simytti? —sonrió—. La gente es extraña. Hace un momento, su hija y Yarmina parecían querer arañarle y ahora se marchan con ese tipo que aborrecían.

Turbado, Jar tomó la copa y empezó a beber el fuerte licor.

—Me siento sucio, Wunjaal —confesó.

—Tonterías. Usted es un hombre de negocios, práctico y astuto. Es inteligente y sabe apreciar las circunstancias. No podía hacer otra cosa. Este asunto ha terminado mejor de lo que yo esperaba. Las gemas seguirán fluyendo a la Tierra y yo recibiré muchas felicitaciones por haber zanjado esta crisis y por apresar a Caronte.

Al cabo de un rato, cuando Jar iba por la tercera copa, dijo preocupado:

—Debería marcharme.

—Hágalo cuando quiera —sonrió el Gobernador—. Yo he dispuesto la partida dentro de veinte horas. Tengo a varios de mis secretarios discutiendo ciertos aspectos técnicos con esos tercos onveritas.

—Me disgusta que Pujaindi venga conmigo…

—Es un hombre muy singular. Afortunadamente, nadie le creerá si algún día se atreve a contar lo de Yunda. Sin embargo…

Los dos hombres se miraron. De pronto la copa que sostenía Jar se escurrió de entre sus dedos y cayó al suelo.

—Pujaindi sabía lo de las gemas, y, sin embargo, no pudo estar

en el taller de Eiwao —susurró—. No lo entiendo.

En aquel momento entró un oficial y preguntó, tras cuadrarse ante el Gobernador:

—¿Algún camarote en especial para el señor Simytti, excelencia?

—Oh, no. El señor Simytti pasará a bordo de su nave. No viajará con nosotros.

El oficial parpadeó. Era evidente su confusión cuando dijo:

—Eso es imposible, señor. Esa nave se apartó de la nuestra hace diez minutos y desapareció poco después de nuestros detectores al sumergirse en el hiperespacio. Por cierto, una maniobra muy arriesgada.

—¿Qué está diciendo? —preguntó Wunjaal.

—Kraina Simytti nos dijo que su padre se quedaría, señor.

—¡Es usted un imbécil como oficial de guardia! —bramó Jar.

El oficial enrojeció y tuvo que hacer un gran esfuerzo piara no dar un puñetazo al magnate. El gobernador le ordenó que se retirase. Al quedarse a solas con Simytti, dijo:

—Era lógico qué creyera a su hija, señor Simytti.

Jar se movió por la estancia como una fiera enjaulada.

—¿Es que no se imagina quién la acompaña?

—Yarmina, claro.

—Pujaindi no podía saber el nombre que Caronte puso al ranka. Sólo yo y Yarmina sabíamos que era Espartaco.

Wunjaal sintió flojedad en las piernas y buscó un asiento.

—Enviaré a unos hombres a la celda.

—No se moleste —jadeó Jar—. Allí encontrarán al verdadero Pujaindi.

—Está muy tranquilo —dijo Wunjaal, sorprendido—. ¿No siente que a su hija se la haya arrebatado Caronte?

—Bah, ella se ha ido con él por su voluntad —Jar tomó la botella y llenó su vaso—. Necesito emborracharme. Ninguno de nosotros nos dimos cuenta de las palabras que, a guisa de contraseña, les dijo Caronte bajo el aspecto de Pujaindi —alzó la copa y brindó—: Por ti, Caronte, y por ti, mi pequeña Kraina. Que la suerte te acompañe, seas feliz y puedas perdonarme algún día.

—Tendrá mucho que responder ante las autoridades, Simytti —dijo Lord Wunjaal, pálido como la nieve.

—Los dos tendremos que responder, Gobernador —Jar acabó

riendo a mandíbula batiente.

Yarmina entró en la cabina de mando.

—¿Dónde la dejaremos, cariño? —preguntó. Empezó a acariciar la nuca de Caronte.

—Sospecho que te refieres a Kraina, ¿no?

—No te hagas el tonto. Sabes perfectamente que sí.

—Bueno, ella decidirá. Espartaco, en cambio, tendrá que permanecer algún tiempo con nosotros, hasta que sepa valerse por sí mismo. Ha sido una lástima que hayamos salido tan mal económicamente de todo esto. Pero ya nos arreglaremos, como siempre.

La chica dejó de acariciarle y torció el gesto.

—Me temo que Kraina prefiere seguir con nosotros.

Él sonrió.

—¿Y eso te preocupa?

—Oh, debería arañarte. Quizás a ti te complazca tener dos mujeres a bordo, pero no a mí.

—¿Celosa a estas alturas?

—Las camas de que disponemos son demasiado pequeñas para tres. Por cierto, ¿dónde está ahora esa monada?

—Me dijo que quería darse un baño. En cuanto a las camas… No sé. Podríamos poner dos juntas, ¿no?

Yarmina inclinó la cabeza sobre el hombro de Caronte y se echó a reír.

—Acabarás pidiéndome que vaya a secarle la espalda.

Caronte puso el piloto automático y se levantó:

—Buena idea. Entre los dos lo haremos mejor. ¿Me acompañas?

FIN



A. Thorkent es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada (Cádiz, 1940), es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la Saga del Orden Estelar, junto con la Saga de los Aznar de Pascual Enguindanos (G. H. White). Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo Un mundo llamado Badoom su primera obra, dentro de la colección Luchadores del Espacio. En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con La Trilogía de los Dioses, La Trilogía de las Islas, Las Grietas del Tiempo, Los Sicarios de Dios o Los Vientos del Olvido, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz. Ganó el premio UPC en 1991 por El círculo de piedra y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).